

"el mirador"

J. G. Bennett

¿Para qué Vivimos?

hachette



COLECCIÓN EL MIRADOR

J. G. BENNETT

¿PARA QUÉ VIVIMOS?

LIBRERÍA HACHETTE S. A.

Título de la obra original:
WHAT ARE WE LIVING FOR?

Versión castellana de
GABRIELA DE CIVINY

Hecho el depósito que previene la Ley número 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINE

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO I	
El hombre, animal pensante o ser racional	27
CAPÍTULO II	
Educación. Cómo se priva de alma a los hombres	51
CAPÍTULO III	
La Ciencia y la Filosofía, fuentes de la necedad	73
CAPÍTULO IV	
La tragedia de la religión contemporánea	95
CAPÍTULO V	
Lo baldío de nuestra existencia	117
CAPÍTULO VI	
¿Qué aprovechará al hombre?	125
POST SCRIPTUM: ¿Quién es Gurdjieff?	141

“Aun no hemos llegado a ninguna reconciliación entre la historia y el pensamiento moderno, estamos únicamente a mitad de camino entre la historia y el pensamiento. Ignoramos cuál será el objetivo fundamental en cuya búsqueda la humanidad se encamina, y que debe traer a los siglos venideros una nueva vida y nuevos principios reguladores. Sólo nos es posible adivinar confusamente que será la magnífica hazaña de un genio extraordinario y original, de cuya verdad y justicia tendremos prueba en el hecho de que, defendiendo nuestra medianía, nos opondremos a él con todas nuestras fuerzas, nosotros que estamos convencidos de desear sólo la llegada de un genio bastante poderoso para abrir con su autoridad una nueva senda para el mundo, viendo que no podemos hacerlo adelantar por el camino que con tanto trabajo hemos trazado.”

ALBERT SCHWEITZER, *La Búsqueda del Jesús Histórico*

INTRODUCCIÓN

He escrito este libro con un solo propósito: demostrar que podemos abrigar la esperanza de obtener ese "algo" aparentemente imposible y, sin embargo, absolutamente necesario para el bienestar futuro de la humanidad. Ese "algo" es el restablecimiento del equilibrio entre la vida exterior y la vida interior del hombre, equilibrio destruido por muchas causas, pero principalmente por los errores que ha cometido la llamada Civilización Occidental. Se ha dicho y repetido tantas veces que existe en el hombre disparidad entre su poder de acción en el mundo exterior y la capacidad para dominarse a sí mismo, que semejante afirmación ha llegado a ser aburrida y hasta anticuada. Después de cada guerra mundial se ha repetido tanto que es peligroso poner un arma cargada en las manos de un niño, que esta declaración carece ya de interés. El mundo ha dejado de lado los pensamientos que hablan de su infantilismo, pero sigue entregándose con empeño a la fabricación de armas que ningún sabio se atrevería siquiera a poseer. Y sin embargo, nadie niega la verdad de este juicio fundamental, ya que en el desarrollo de las relaciones humanas no hemos hecho progresos que correspondan a los adelantos de nuestro poder para causarnos daño, o para aniquilar la vida del prójimo.

Otra de las perogrulladas que refleja la experiencia milenaria del hombre es aquella que dice que ninguna organización puede funcionar a un nivel superior a aquel en que se encuentra la gente que la compone. La experiencia antigua y la más reciente deben igualmente convencernos de que el

ordenamiento de los asuntos humanos no lo puede lograr ninguna organización cuyo funcionamiento dependa de personas que son esclavas de su propio egoísmo, vanidad, ambición, ansias de poder, sospecha, desconfianza, parcialidad, prejuicio y todas las demás fuerzas que vemos actuar en los grupos de seres humanos de cualquier parte del mundo, sin distinción alguna de país, raza o credo. Esta situación, aparentemente sin esperanza de mejora alguna, se debe precisamente a esto: en tanto que por un lado somos incapaces de idear cualquier mecanismo, por el otro somos incapaces de crear un ser libre imparcial, capaz de seguir una conducta racional; es decir, un *hombre*. No hay exhortación, promesa o amenaza que pueda despertar al hombre a una conducta racional, a menos de que el hombre sea íntimamente libre. Esto sería obvio, pero nadie toma en cuenta un hecho tan simple. Así nos encontramos con que se escribe un libro tras otro, se pronuncia un sermón tras otro, se lanza una declaración política tras otra, pero todo se detiene inevitablemente ante el paso decisivo, o sea ante el punto en que se hace necesario explicar cómo puede cambiarse la naturaleza humana.

Sería injusto afirmar que no se han hecho esfuerzos para sobrepasar ese punto; pero es necesario averiguar qué resultados han dado y hacia dónde pueden llevarnos. Podemos considerar como el primero de esos esfuerzos, al optimismo religioso. Se basa en la convicción de que en la enseñanza y en la práctica de una u otra institución religiosa existe tal poder que es suficiente llevar a hombres y mujeres a un contacto íntimo con dicho poder para que éste obre y produzca el cambio deseado. Si tal cosa fuese verdad, habría sido inútil escribir este libro. ¿Pero qué nos dicen los hechos que no podemos eludir? El Islam existe desde hace 1.200 años; el Cristianismo cuenta cerca de 2.000 años y el Budismo tiene unos 2.500 años. El Judaísmo es aún más antiguo. Las enseñanzas de todas las religiones sobre la importancia que tiene la vida interior del hombre son casi idénticas. De cada una de ellas han surgido

instituciones de diversas clases para fortalecer y sistematizar el mensaje que todas ellas tienen para el mundo. Pero no hay ningún indicio de que, con el correr del tiempo, los cristianos se hayan hecho mejores cristianos, o que los musulmanes sean más devotos, o que los discípulos de Gotama o Moisés sean más fieles. De tanto en tanto han surgido grandes santos en cada una de estas comunidades religiosas, que durante breves períodos hicieron revivir la fe y la práctica religiosa. Hubo períodos en que los santos fueron reconocidos como tales aún en el curso de su existencia humana; pero nosotros debemos ahora preguntarnos, muy seriamente, qué oportunidades se le ofrecerían hoy a un santo verdadero en cualquiera de las comunidades religiosas del mundo. Si tomamos en cuenta no sólo el decaimiento de la fe religiosa sino también la presencia de fuerzas poderosísimas, fuerzas que no obran tanto por una hostilidad activa hacia la religión como por un desdén hacia todo lo religioso (pues ahora ya ni tan siquiera existe el estímulo de la persecución religiosa), llegaremos a la conclusión de que el optimismo religioso de la clase que supone que las fuerzas religiosas que ya actúan en el mundo son suficientes para producir un cambio en la vida humana, carece por completo de base y no pasa de ser una ilusión. Este optimismo religioso se viene abajo justamente cuando se hace necesario mostrar cómo debe ser la gente para vivir y actuar de acuerdo con lo que su religión le enseña.

El Fundador del Cristianismo, hablando "como quien tiene autoridad y no como los escribas", hizo una profecía cuyo trágico significado comienza a verse con claridad sólo dos mil años después, cuando dijo: "Y a cualquiera que me oyere estas palabras y no las hiciere, lo compararé a un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena; y descendió la lluvia y vinieron ríos y soplaron vientos, e hicieron ímpetu en aquella casa; y cayó y fué grande su ruina."

Cosas muy notables han hecho los cristianos, pero al hacerlas no se han conformado a la palabra de Cristo; la casa del Cris-

tianismo se ha derrumbado y no se la puede reconstruir. Lo mismo puede decirse del Islam, aunque debido quizás a que las exigencias de Mahoma a la debilidad de la naturaleza humana son menos austeras, sus preceptos se observan aún con más honradez que la enseñanza de Cristo. Yo mismo he podido comprobar este hecho el año pasado, cuando visité Omdurman, una de las pocas ciudades del mundo enteramente poblada por musulmanes, y fuí testigo del sencillo fervor con que toda la ciudad detuvo su trabajo para cumplir con el rito de la oración vespertina. Por desgracia, en la mayor parte del mundo la palabra "musulmán" se ha teñido de un significado más político que religioso. Lo mismo puede decirse de la religión de Moisés y de los profetas hebreos. Hubo también una época en que llamar hindú a un hombre era indicar que ese hombre tenía una fe religiosa, que se resistía a la conversión forzosa a la religión de un invasor y aceptaba persecuciones derivadas de su resistencia. Cuando un hombre que en más de un sentido era santo de verdad, se alzó para hacer resurgir el hinduismo, no pudo librarse de las implicaciones políticas del conflicto religioso. El budismo, que dice contar mayor número de fieles aún que cualquier otro sistema religioso del mundo, ha cumplido fielmente, demasiado fielmente, la profecía que hizo su Fundador: que al cabo de quinientos años sus fieles quedarían divididos en muchas sectas opuestas entre sí, y que mil años después se habría perdido por completo la esencia de sus enseñanzas. "Cualquiera que me oyere estas palabras y no las hiciere..." sueña como una acusación que se dirige por igual a los fieles de todos los sistemas religiosos de la tierra.

La reacción contra la religión ha tomado la forma de un abandono de la creencia de que algo pueda hacerse, o incluso de que algo deba hacerse, con respecto a la vida interior del hombre, y deposita toda su confianza en la organización exterior. El humanitarismo constituye la aceptación, explícita o implícita, del hombre tal como es; con el corolario

de que con ese "hombre tal como es" se debe emprender la tarea de asegurar el bienestar humano. Desde el *contrato social* hasta el benevolente paternalismo del estado, el humanitarismo, en algunas de sus manifestaciones se basa en la presunción de que el ser humano es naturalmente bueno, y que si no se los corrompe por medio de formas erróneas de organización exterior, los hombres pueden llevar una vida feliz, fructífera y en mutua armonía. Otra manifestación del humanitarismo adopta una opinión más cínica acerca de la naturaleza humana: estima que las masas son impotentes, quizás irremediablemente, y por lo tanto necesitan la dirección autoritaria de unos cuantos iluminados. En ambos casos existe un postulado fundamental, a saber: que aquellos que se responsabilizan del funcionamiento de cualquier organización son capaces de actuar con sabiduría y desinterés; postulado que contradice la inequívoca evidencia histórica y toda nuestra experiencia contemporánea. He indicado que cuantas proposiciones se han hecho con el fin de mejorar la situación de la humanidad se detienen inevitablemente al llegar el punto en que se hace necesario explicar cómo se habrá de cambiar a la gente: el humanitarismo actúa por el ridículo expediente de ignorar el problema central, y esperar lo mejor.

"Esperar lo mejor" es uno de los síntomas del mal que ha aquejado siempre a la humanidad: la incapacidad de enfrentar los hechos. Esta enfermedad siempre ha sido endémica en la humanidad, pero tal vez no haya sido nunca tan peligrosa como en la época presente. Una de las consecuencias peculiares de esta enfermedad es que, cuando es absolutamente necesario hacer algo desagradable o difícil, la gente se ocupa en seguida en algo distinto y cierra los ojos ante el hecho de que el verdadero problema sigue sin solución. La naturaleza de esta enfermedad, sus causas y su posible cura, constituyen uno de los principales temas de esta obra.

Filósofos, sacerdotes, escritores serios o seudo serios, hasta políticos, todos concuerdan en decir que el adelanto de

nuestro poder para "dominar la naturaleza" (como dicen ellos), debería ir acompañado de un cambio correspondiente en la capacidad humana para trabajar y vivir en armonía. Se observa con frecuencia y acertadamente que el problema se ha tornado más difícil con el desarrollo de los sistemas de comunicaciones, que al reducir el tamaño del mundo han puesto a las naciones y a las razas en contacto más estrecho que en ningún período anterior de la historia. Este problema se acentúa con la división del trabajo, sin la cual no podría subsistir ningún sistema económico moderno. Y la invención y construcción de terribles armas de guerra lo convierten en un problema urgente. Lo hace evidente la creciente desconfianza y falta de entendimiento entre los pueblos de la tierra. Y sin embargo, nada se hace para tratar de hallar solución al problema central. Las organizaciones mundiales se ocupan de todos los problemas que atañen a la salud, educación y bienestar colectivos, a la producción y distribución de materias primas y productos manufacturados, a la organización política y a los medios de evitar la guerra. Pero no existe una sola organización mundial que estudie el problema de la naturaleza humana, que trate de descubrir los medios que pueden asegurar el desarrollo armónico del hombre, librándolo de la esclavitud de su propio egoísmo y de todas las consecuencias que la acompañan, para elevarlo a aquella condición de íntima libertad, de imparcialidad y de sabiduría, que es lo único que podría autorizarlo a llamarse orgullosamente Hombre.

Hace poco tiempo, un grupo de ingenieros y de hombres de ciencia de Londres iniciaron una encuesta con la pregunta: "¿Puede la Psicología contribuir a evitar la guerra?" Participaron en esta encuesta los representantes de varias escuelas de pensamiento psicológico, y también varias organizaciones fundadas con propósitos tales como el fomentar la buena voluntad internacional. Se me permitió estudiar el análisis de las respuestas y encontré, tal como esperaba, que casi todas tra-

taban de la manera de influir en los demás, pero apenas había una que examinara el problema central, o sea el de cambiar la naturaleza interior del individuo mismo.

Por supuesto, sé muy bien que los educadores conciben su misión en función de la preparación de la generación próxima para una existencia más normal y armoniosa que la de sus padres. Muchos educadores, quizá la mayoría, afirmarán que su tarea atañe tanto a la cuestión "carácter" como a la enseñanza de las materias necesarias para que el hombre pueda asegurarse una existencia material cómoda. No obstante, como trato de demostrar en el capítulo sobre "Educación", esa preocupación por las cuestiones relativas al carácter carece por completo de resultado práctico: no existe ninguna tentativa seria para comprender la clase de trabajo que se requiere de parte del maestro, o del alumno, si se desea obtener resultados concretos. Efectivamente, los sistemas educativos en boga en la mayoría de los países son aún más perniciosos que los del pasado, en lo que atañe a implantar ideas disparatadas al lado de una absoluta incapacidad de juicio imparcial.

Si nos preguntamos cómo es posible que, siendo tan evidente el diagnóstico de nuestros males en cuanto se refiere a una disparidad entre nuestra capacidad interior y exterior, no haya dado lugar a una acción efectiva, nos hallaremos con una doble respuesta. Primero, nadie comienza siquiera por tratar de buscar un camino por el cual pueda cambiarse la vida interior del hombre en un período de tiempo lo suficientemente corto como para evitar el desastre que nos amenaza. Este fracaso, como acabo de decirlo, conduce a "esperar lo mejor". Segundo, existe en el ser humano una condición que puede llamarse tanto optimismo débil como pesimismo débil. Consiste en posponer para un futuro lejano toda posibilidad de cosas mejores. Así, hay personas que dicen que, tarde o temprano, deberá la humanidad aprender por medio de una serie de desastres la imposibilidad de vivir en base a un desenfrenado egoísmo. Después de la próxima guerra, o después de la que seguirá inmediatamente

a la próxima, o después de la enésima guerra, dicen, habremos aprendido por fin que el fuego del egoísmo quema y surgirá entonces una nueva humanidad poseedora de eso que llaman "conciencia de lo mundial" y, por lo tanto, capaz de aceptar y de vivir bajo un gobierno mundial. Por muy valiosas que se las considere, semejantes esperanzas también se estrellan contra los arrecifes de la experiencia. La humanidad jamás supo aprovechar ninguna lección, por amarga que haya sido, y hay tantas probabilidades de que una serie de guerras destructivas, que terminen por agotamiento, conduzcan a la completa degeneración de la raza humana, como de que pueda surgir de ella una inesperada capacidad de cooperación mundial. Es un principio fundamental que todo lo bueno ocurre sólo como consecuencia de un esfuerzo consciente y jamás de la acción de fuerzas accidentales y ciegas.

Inexorablemente nos hemos visto de vuelta en nuestro punto de partida: la naturaleza humana tiene que cambiar, y el esfuerzo para producir este cambio debe tener prioridad sobre cualquier otro esfuerzo, por urgente e importante que éste parezca ser. No hay otro camino. Es imposible detener el progreso de la ciencia y de la tecnología. La interpenetración de los sistemas económicos y sociales, el impacto de una raza sobre otra raza, de una nación sobre otra nación, continúa y aumenta en intensidad. La complejidad de la vida aumentará con el correspondiente aumento de la exigencia que se hará a hombres y a mujeres para que sean tolerantes y adquieran comprensión mutua. Semejante exigencia no puede hacerse a hombres y mujeres en el estado en que se encuentran hoy, y en el que permanecerán, a menos que se emprenda y se cumpla la indispensable tarea de obtener una disminución mínima del egoísmo.

Pero hasta aquí no dije nada que no se haya dicho ya muchas veces, mejor y más convincentemente. Nos hallamos aún ante el umbral con el interrogante de Nicodemo. Antes de aventurar una respuesta aplicable a las actuales condiciones

en que vive el mundo, me parece necesario hacer una diferenciación sin la cual se perdería todo el sentido de lo que he dicho. Tenemos que distinguir entre el cambio real y el cambio ficticio. Todo cambio que procede de afuera, de una disciplina o preparación impuesta desde afuera, es un cambio ficticio. El hombre es un animal muy sugestionable, y responde en muy alto grado a las reiteradas impresiones que recibe desde afuera. Sus reflejos pueden ser condicionados. Se le puede imponer, y se le imponen, modalidades de conducta a través de la educación, de los convencionalismos de su ambiente, y por medio de los multiformes temores de que está rodeada su vida. En la actualidad, todos estos factores obran en la psiquis humana casi exclusivamente como venenos. Aun si se los pudiera cambiar para que no produjeran específicamente efectos dañinos, el hombre seguiría siendo lo que es, un esclavo inconsciente de su propio egoísmo. Seguiría siempre indefenso ante las tendencias destructivas que surgen automáticamente entre seres cuyos deseos sobrepasan sus medios para satisfacerlos. En este sentido hemos de considerar como cambios solamente ficticios las modificaciones que ocurren en las normas de conducta por influencias externas.

El verdadero cambio procede del interior del hombre, a causa del trabajo consciente realizado intencionalmente por el propio ser humano. Tan solo mediante este esfuerzo consciente puede el hombre obtener la libertad interior y la imparcialidad necesarias para una vida armoniosa. Para muchas personas esta diferenciación que acabo de hacer no será un hecho evidente por sí mismo. En realidad, este es el primer tropiezo que se encuentra en el camino hacia el descubrimiento de los medios a emplearse para asegurar el bienestar futuro de la humanidad. Aun aquellos que se han convencido de la imposibilidad de conseguir para la mayoría una forma mejor de vida únicamente por medio de la organización externa, transfieren a menudo sus esperanzas al efecto del proceso de la educación y de la preparación en el individuo. No es necesario discutir

en detalle la futilidad de semejante esperanza, pues ella depende de un cambio exterior en la organización de los asuntos humanos, y toda posibilidad de cambio queda descartada si admitimos que ninguna organización puede funcionar debidamente si los que la integran no se han librado hasta cierto punto del egoísmo. Todos los factores degenerativos, como ser la vanidad, la tozudez, el prejuicio, la sospecha, etc., están latentes y vivos en los hombres responsables de la planificación y cumplimiento de los sistemas educativos. Todo lo que se derrama de un vaso envenenado tiene por fuerza que estar corrompido. La historia de la educación nos enseña que se han ensayado todos los recursos para "mejorar" a la gente por medio de la influencia externa, y todos han fracasado; y no fracasarán menos los que se usan hoy día en distintos países.

Esto sirve únicamente para poner de relieve la dificultad de nuestra tarea. Si la humanidad quiere salvarse, el hombre tiene que cambiar; pero el hombre no sabe cómo cambiar y, lo que es peor, no tiene muchas ganas de hacerlo. No tiene ninguna idea de lo que significa el cambio. Se da cuenta, confusamente, de que puede lograr algo mediante esfuerzos penosos que se opongan a sus hábitos arraigados y a sus impulsos interiores. Si es cristiano, por ejemplo, puede vagamente advertir que vivir realmente y sin componendas de acuerdo con el Sermón de la Montaña, trastornaría por completo no sólo su vida sino toda su naturaleza. Y al darse cuenta de que si siguiese por ese camino no quedaría nada de la vida a que está acostumbrado, prontamente se aparta de él y busca alguno que esté más de acuerdo con lo que él imagina que son sus energías y sus necesidades. Meditando sobre el Sermón de la Montaña he de volver al concepto con que comencé esta introducción para describir aquel "algo", aparentemente imposible pero indispensablemente necesario, que andamos buscando. Podemos consolarnos con el pensamiento de que en la aparente imposibilidad de hallar ese "algo" reside la razón por la cual

el camino no es evidente para todos. Wolfe conquistó Quebec porque los franceses dejaron indefensa cierta quebrada que consideraban demasiado difícil de escalar. Sin haber hecho una investigación realmente seria y dando por sentado que la naturaleza humana es un conglomerado de terquedad que debe tomarse sin modificación alguna para cualquier plan, los reformadores han tratado siempre de hallar una salida a este dilema mediante la organización social, que aun cuando aparenta ser muy promisoro no lleva a ningún lado.

Hasta aquí todo va bien, o todo va mal. Tenemos que hallar los medios para conseguir un cambio, aparentemente imposible, en la naturaleza humana. ¿Pero en qué va a consistir este cambio? La vida interior del hombre no ha dejado de preocupar a aquellos que se interesan por su condición. La expresión "filosofía perenne", utilizada por primera vez por Leibnitz para algo completamente distinto, se ha puesto de moda para describir la antiquísima creencia de que el verdadero bienestar es el bienestar del espíritu. Esta creencia se relaciona en diversos grados con la filosofía idealista que afirma que la realidad pertenece a la experiencia y no a las cosas. A menudo conduce a una forma de quietismo, de abandono del mundo exterior, para refugiarse en el mundo interior, único lugar donde se puede hallar paz y seguridad. Considera al sufrimiento un mal del que debemos huir, y cuando mucho, un medio por el cual se puede obtener la liberación. Compadece al atribulado mundo, pero no se arroja en medio de sus tribulaciones. Mucho de lo que se conoce con el nombre de misticismo corresponde a esta clase de preocupación por la vida interior. En los últimos tiempos la palabra misticismo se ha transformado casi en un reproche, que se usa generalmente en oposición a la sensatez o al sentido común. Se considera que el misticismo está teñido de un desprecio muy poco científico de los hechos. Esta actitud es algo rara si se observa la creciente tendencia que hacia lo subjetivo tienen tanto la filosofía como la ciencia moderna. Muchos destacados hombres de ciencia, cuya ortodoxia está por

encima de toda discusión, han expresado sus opiniones sobre la naturaleza de la realidad y sobre la más acabada concepción científica del mundo en términos tales que podrían traducirse, palabra por palabra, al lenguaje que emplean los místicos orientales.

Pero todo esto carece de verdadera importancia, ya que todas esas disquisiciones no tienen conexión alguna con el problema de cambiar la naturaleza humana. Mi interés en esto se limita a caracterizar un grupo de opiniones que difieren ampliamente en cuestiones de detalle, pero que, en principio, están de acuerdo en que la experiencia subjetiva es lo único que realmente importa. Es verdad que un místico cristiano como Meister Eckhart decía: "Si un hombre estuviese arrobado en un éxtasis que lo transporta al quinto cielo, y viese a un hermano falto de pan, yo diría que tiene obligación de dejar su éxtasis y de satisfacer la necesidad de ese hombre." Es obvio que al decir esto Eckhart concibe al místico como a un hombre capaz de sacrificar su bienestar personal para cumplir con un acto de caridad. En esto reside lo esencial de la distinción que quiero establecer aquí. Hay preocupación por la vida interior por amor a ella misma, y hay interés por la vida interior porque sus defectos corrompen la vida exterior. Hay diferencia entre ser con el fin de ser, y ser con el fin de hacer. Resulta muy extraño que aquellos a quienes interesan esas cuestiones hagan muy rara vez esta distinción y que no reconozcan su importancia. Pero su importancia es vital para nuestro tema. No constituye una solución, o todo lo más es una solución muy pobre, para los problemas de un mundo que sufre, sugerir que tanta gente como sea posible pueda hallar la manera de huir de él.

Ya hemos abierto la huella para una declaración más específica acerca de lo que entiendo por cambio de la naturaleza humana. He excluido dos clases de cambio que son, en realidad, posibles. El primero es el cambio ficticio, que sobreviene a causa de agentes exteriores, sin el trabajo consciente

del individuo en quien ocurren estos cambios: se lo puede denominar cambio exterior con fines externos. El segundo cambio falso es aquel que conduce a un cambio interior sin un objetivo exterior. No hay ninguna duda de que, por medios apropiados, se pueden lograr experiencias místicas, cuya importancia y valor son supremos para la persona que las realiza. Pueden obtenerse sin ningún esfuerzo especial, mediante el empleo de ciertas drogas, o como resultado de estados patológicos del organismo físico. Pueden alcanzarse, en un grado limitado, por medio de determinados ejercicios especiales, como los que indican los manuales de mística cristiana, o aquellos métodos que se conocen con el nombre de Yoga. Pueden alcanzarse también, en grado muy elevado, practicando la austeridad que exige del individuo una completa renuncia a todos los otros objetivos de la vida y, por lo general, su retiro en un monasterio o en una escuela yogui. Se puede aprender mucho acerca de ellos por medio de un atento estudio de sus vidas, y especialmente de las autobiografías y otros escritos de los santos y de los místicos. La experiencia mística no es siempre incompatible con una vida exterior útil; en la mayoría de los casos aquellos que la han alcanzado asumen la obligación de aceptar a un grupo de discípulos inmediatos, a fin de compartir con ellos las experiencias que son capaces de transmitir. Pero mientras se considere la experiencia como objetivo primordial y se relegue la vida exterior a un segundo plano, tales prácticas pertenecerán a la categoría de la vida interior por sí y para sí misma, o existir con el sólo fin de existir. No hay ninguna duda de que esta clase de misticismo ha desempeñado un papel trascendental en el surgimiento y en el desarrollo de las instituciones religiosas; como lo han demostrado, por ejemplo, Von Hügel y Dean Inge. Los teólogos ortodoxos de todas las religiones han extraído de los datos de la experiencia mística gran parte del material que han utilizado para formular sus dogmas, y muchas veces más de lo que quieren buenamente admitir. Este aspecto de la vida in-

terior no tiene para mí un interés primordial ni tampoco me concierne. En todo caso, la historia nos enseña que el misticismo de tipo puramente subjetivo no ha podido ofrecer una contribución importante para el mejoramiento de la vida del hombre.

Las necesidades corporales, las relaciones humanas y la ansiedad por el futuro son las preocupaciones principales que dominan la vida del hombre y de la mujer corrientes. Y en estas preocupaciones penetra el veneno del egoísmo con todas las miserias que lo acompañan. Estas son las cosas que deben preocuparnos si nos conmueven los sufrimientos del mundo. Y por estar estas cosas tejidas de modo tan inextricable en la naturaleza del hombre que conocemos, es imposible separar la vida interior de la vida exterior, como así también buscar la felicidad de la una excluyendo a la otra. No se trata de hallar un medio para que la vida interior pueda modificarse de tal suerte que el individuo se libere del sufrimiento, sino hallar un medio que le permita llevar una vida exterior más digna.

Admito que lo anterior es una simplificación excesiva del problema. Por ejemplo, no me he referido a la muerte. Nosotros somos mortales, y tarde o temprano tendrá que surgir la pregunta de si vamos a concebir nuestro destino únicamente en función de esta vida que conocemos, o en función de una posible existencia más allá de la tumba. Al hablar de los sufrimientos del mundo tampoco me he referido a la vieja creencia, que antiguamente fué muy difundida y muy defendida, pero que ahora está probablemente ausente o muy debilitada en la mayoría de la gente, de que los sufrimientos y los fracasos de esta vida quedaban compensados en otra; y que esa otra vida estaba automáticamente asegurada sin ningún esfuerzo especial o extraordinario de parte del sujeto interesado. No diré gran cosa acerca de esto por la sencilla razón de que, si se la entiende objetivamente, la vida no está separada de la muerte, y la tarea de vivir una vida digna es exactamente la misma que la de morir una muerte dig-

na. Si en la vida el egoísmo es una mancha, ciertamente es fuente de terror frente a la muerte; pues nadie puede dudar de que si hay una existencia más allá de la tumba, los frutos del egoísmo serán en ella sumamente amargos. He utilizado el término egoísmo para sintetizar todos aquellos factores que envenenan las relaciones humanas y que "parecen imposibles" de eliminar.

Para lograr la consecución de cualquier objetivo práctico se requiere una secuencia de acciones coordinadas. Cuando se carece de un conocimiento previo, el único medio disponible es el que nos da a conocer la popular expresión: "errar y porfiar"; este método es el que permite a un ratón cautivo hallar la manera de salir del laberinto. Cuando el problema es demasiado complejo, o más exactamente, cuando el tiempo necesario para hallar la solución es menor que el tiempo disponible, este método no puede servir. La experiencia de muchos miles de años nos ha demostrado que este método es ineficaz cuando se lo aplica a mejorar al hombre. Es casi imposible que un hombre consiga descubrir por sí mismo, y luego poner en práctica los medios para cambiar su modo de ser, dentro del breve plazo de su vida efectiva. Y el tiempo de que dispone es aún mucho más breve, pues es preciso primero que se dé cuenta de que se necesita un cambio, y segundo, cuando ya ha realizado el cambio en sí mismo, disponer del tiempo necesario para utilizarlo en beneficio de los demás. Por lo tanto, lo que necesita es el conocimiento de lo que debe hacer y cómo hacerlo; y este conocimiento sólo puede obtenerse de aquellos que ya lo poseen. Porque debe existir una técnica de trabajo interior así como la hay para todo trabajo exterior. La diferencia estriba en que el hombre se ocupa, en todo el mundo, del adelanto de las técnicas exteriores, sin sospechar que es aún más importante descubrir una técnica para cambiarse a sí mismo. Si fuera el caso que esta técnica estuviera aún por descubrirse, nuestra situación sería verdaderamente seria, por la sencilla razón de que son escasas las espe-

ranzas de hallarla sin ayuda en el curso de una sola vida. El haberlo advertido ha hecho que algunos hombres vayan en busca del conocimiento necesario a aquellos lugares donde, según rumores, lo han hallado y lo conservan desde hace muchísimo tiempo. La tradicional "Sabiduría de Oriente" se refiere precisamente a esta técnica del trabajo interior, pero son tan grandes en ella las diferencias, que ha quedado dividida en categorías que no tienen casi nada de común entre sí. Existe la tradicional sabiduría relacionada únicamente con la experiencia subjetiva a la que ya me he referido. El acceso a ella no es cosa difícil para quien la busque resueltamente y esté dispuesto a perseverar, quizás durante muchos años, hasta que descubra una fuente auténtica. Aquellos que consideran que la elevada experiencia mística, como el Samâdhi de los yoguis, es la cumbre de los logros humanos, no buscan más allá de las fuentes de conocimiento de esta primera clase. Como son estas las personas que principalmente han escrito acerca de la "Sabiduría de Oriente", se ha difundido la creencia de que nada queda por hallar, aparte de esas técnicas subjetivas. Hay, no obstante, una tradición más profunda y mucho menos accesible, cuyas escuelas poseen conocimiento de un orden superior y que se relacionan con el "ser con el fin de hacer". Se asocia muy estrechamente con esto la leyenda que se repite abiertamente en las mitologías y con mucho secreto en ciertas crónicas, y que nos habla de una Edad de Oro en la que los métodos de "lograr el ser con el fin de hacer" eran ampliamente conocidos y se practicaban, y como consecuencia de ello la vida exterior del hombre alcanzó durante cierto tiempo un grado de armonía y bienestar tales como jamás ha vuelto a conocer.

La investigación arqueológica nos ha enseñado a respetar estas tradiciones, pues ocurre casi invariablemente que cuando se encuentra medio de verificarlas, su valor histórico se torna evidente.

Mientras se conciba la "Sabiduría de Oriente" tan sólo en

términos místicos y de cierto desprecio por los sufrimientos del mundo y sus problemas diarios, no se asignará gran importancia a la investigación de sus fuentes. Pero todo se ilumina con luz muy distinta ante la insinuación de que el Oriente pudo haber poseído el conocimiento de las técnicas para el desarrollo del ser con el fin de hacer. El conocimiento del mundo exterior y el poder para dominar las cosas externas lo ha obtenido Occidente en un espacio de tiempo muy corto gracias al trabajo de miles de investigadores capaces. ¿No ha de ser también posible que se hayan hecho en Oriente descubrimientos no menos importantes relativos a la vida interior del hombre, por seres reunidos en grupos reducidos que se comunicaron los resultados de sus investigaciones, de generación en generación, a través de miles de años? Y hasta es posible indicar por qué existiría tanta diferencia entre ambos procesos. El conocimiento del mundo exterior, y especialmente el que se obtiene mediante la investigación científica, es de tal naturaleza que se lo puede expresar y transmitir adecuadamente en palabras. Por lo tanto, lo pueden utilizar y compartir numerosas personas sin mayores dificultades. El conocimiento de la naturaleza interior del hombre y especialmente el que se relaciona con la técnica a seguir para poder cambiar esta naturaleza, es casi imposible de describir con palabras y sólo se puede transmitir mediante los esfuerzos combinados del maestro y del discípulo. Semejante conocimiento puede conservarse durante largos períodos de tiempo, pero no puede difundirse con facilidad ni ponerse a la disposición de los que lo necesitan. Sin embargo, si conseguimos convencernos de que tal conocimiento tiene que existir, al menos tendremos un punto de partida promisor para nuevas investigaciones. Recuerdo haber discutido este asunto hace ya cerca de treinta años, con el que en vida se llamó Peter Damián Ouspensky, hombre realmente extraordinario. Ouspensky dedicó los esfuerzos de toda su vida a verificar por sí mismo si existían verdaderamente escuelas cuya emananza fuese práctica y distinta de la de aquellas que sólo

tratan de experiencias subjetivas. Había llegado a la conclusión de que a menos de que existiese ese conocimiento y fuese posible hallarlo, no había esperanza alguna de librar a la gente de la creciente esclavitud a una existencia mecanizada. En vista de ello, y aun cuando sus esperanzas de hallarlo eran escasas, la búsqueda de ese conocimiento ocupó un lugar preponderante en sus investigaciones y estudios, por muy grandes que fuesen las esperanzas que estos le ofrecían. En su libro, *Un Nuevo Modelo del Universo*, Ouspensky da algunas indicaciones de las pruebas que lo convencieron de la existencia del conocimiento de que estoy tratando aquí. Prometió dar cuenta de las enseñanzas que había encontrado en un libro posterior, *Fragmentos de una Enseñanza Desconocida*. Transcurrieron veintisiete años desde el día en que formuló su promesa y, finalmente, se supo hace poco que este libro se publicará en breve.

Para la mayoría de las personas a quienes interesan estos asuntos, no es ningún secreto que la enseñanza a la que se refiere Ouspensky en sus obras es la que impartió GEORGE GURDJIEFF. Aquellos de nosotros que durante los últimos treinta años tuvimos la ventaja de "alimentarnos en la mesa de sus ideas", tenemos la satisfacción de haber encontrado en Gurdjieff la más amplia medida del conocimiento —sobre todo de los métodos prácticos de trabajo— que se necesita antes de emprender confiados en el éxito la tarea de crear el propio ser.

Acercarse a las ideas de Gurdjieff es muy difícil para quien llega con nociones preconcebidas en cuanto a la forma en que debe impartirse este tipo de enseñanza. Todas las cosas y todos los hombres quedan cabeza abajo. Naturalmente, cuesta mucho convencerse de que uno está cabeza abajo cuando se tiene el convencimiento de estar justamente de pie.

Este libro quizá pueda servir a quienes se interesan por una mayor difusión de las ideas de Gurdjieff, a quienes quieran darse realmente cuenta de que casi todas nuestras opiniones corrientes y nuestras creencias acerca del hombre están "patas arriba".

CAPÍTULO I

EL HOMBRE, ANIMAL PENSANTE O SER RACIONAL

En la vida del hombre, el conocimiento y la sabiduría tienen significados que contrastan entre sí. Esta distinción puede conducir a errores, pero nos servirá como punto de partida para discutir la situación humana. Hay ciertos objetivos que no pueden alcanzarse por medio del conocimiento; otros requieren la sabiduría. La humanidad ha tenido un éxito extraordinario en lo primero, y un fracaso aun más extraordinario en lo segundo. Por desgracia, el bienestar del hombre depende del logro de los objetivos de la segunda clase. No es el conocimiento sino la sabiduría la que determina si el hombre puede estar satisfecho de sí mismo, si puede vivir en armonía con el ambiente que lo rodea, si puede lanzar a sus hijos al mundo con una adecuada preparación para la tarea que los espera y, finalmente, la que puede juzgar y discriminar entre las numerosas influencias externas que lo impelen constantemente a la acción. Es la sabiduría y no el conocimiento lo que decide el éxito o el fracaso en todas las actividades humanas organizadas, especialmente aquellas que tienen como objetivo propósitos elevados, tales como el ordenamiento adecuado de la existencia humana, el establecimiento de relaciones armoniosas entre los distintos grupos de personas y la prevención de las guerras. La historia acusa un reiterado fracaso en todas estas cosas, y hoy en día no vemos en torno a nosotros sino fracasos. Además, a mayor escala de operaciones, mayores son las probabilidades de

fracaso. Aun cuando muy de tarde en tarde, hallamos individuos relativamente libres en sí mismos, y que viven satisfechos y en armonía con sus vecinos. Es aún más raro encontrar familias enteras donde prevalezca la armonía y cuya unidad de propósitos y comprensión corra a través de los años de vida familiar. Pero cuando volvemos nuestra mirada a organizaciones mayores y a propósitos más grandes, sólo hallamos huellas muy tenues de sabiduría en sus deliberaciones y acciones, por muy altisonantes que sean los nombres con que se llaman.

El hombre no puede lograr las cosas que más quiere. Desde luego, son numerosas las cosas que no puede hacer y que no quiere hacer. Y una de las que menos quiere hacer es enfrentar los hechos y obtener de éstos conclusiones verdaderas. Estos hechos son muy claros. No conseguimos nuestros propósitos; esto ocurre especialmente cuando nuestros propósitos son de tal naturaleza que exigen un juicio sabio y una acción desinteresada. Cuanto mejores sean nuestras intenciones y más nobles nuestros motivos, mayor será la certeza de que fallaremos en las tareas que nos hemos propuesto. Cuando examinamos todas las "buenas" obras de la humanidad, invariablemente advertimos que fueron iniciadas por algún individuo o grupo rebosante de "buenas" intenciones, pero que no pudo llevarlas a cabo. Varios factores comienzan a actuar a cierta altura: la ambición de uno, el ansia de poder de otro, la vanidad, la obstinación o el recelo de un tercero. Debido a la acción de estos factores, el proceso sigue adelante aunque invariablemente se aparta en algún punto esencial del concepto que lo fundamentaba en su origen. Cuando los resultados alcanzan cierta magnitud se rotulan como "buenos", sin tener en cuenta si conducen verdaderamente al bienestar de la humanidad, o de la comunidad o grupo en cuyo seno se experimentan.

Y como tenemos la inveterada costumbre de aceptar estos rótulos, rehuimos la tarea de averiguar si esos "buenos" resultados corresponden a las intenciones originales, o si, en un sentido objetivo, no son realmente buenos.

Como un ejemplo típico, de todos conocido, tomemos la historia del sufragio universal. Los reformadores del siglo XVIII, que lo habían proclamado como un ideal, lo concibieron como el mejor medio de asegurar a todo hombre y mujer en edad responsable una voz igual y efectiva para decidir la legislación bajo la cual iban a ser gobernados. Entre los resultados inmediatos se contaron la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas, acontecimientos que, por cierto, estaban muy lejos del pensamiento y de los propósitos originales de los reformadores. El sufragio universal masculino fué incorporado a la Constitución de los Estados Unidos, pero el funcionamiento del sistema de dos partidos políticos se efectúa de tal modo que el votante se encuentra ante una situación en la que se ve obligado a escoger entre dos alternativas, ninguna de las cuales corresponde a sus propios deseos: vota, en realidad, no a favor de tal o cual programa legislativo, sino de acuerdo a una costumbre que le fué inculcada desde la niñez, o en respuesta a sus reacciones emocionales de gusto o disgusto, reacciones que a menudo fueron inspiradas por la personalidad que aparece como jefe de uno de los partidos.

En los territorios autónomos del Imperio Británico, el sufragio universal se efectuó en el pasado más o menos de la misma manera. En otros países donde existen muchos partidos políticos, el votante tiene, en apariencia, más oportunidades de llevar a cabo su elección de acuerdo a un análisis detallado de sus propios deseos. En la práctica, sin embargo, los resultados son aún más desfavorables, y el sistema de los partidos numerosos proporciona uno de los más notables ejemplos de la falta de sabiduría en la conducción de los asuntos humanos. Los motivos personales más mezquinos, la ambición, el ansia de poder y hasta el deseo de ganancia material son los únicos factores que determinan la formación de los partidos; nunca se toma en cuenta el deseo o las intenciones de los votantes que han elegido a los miembros de estos mismos partidos. No me voy a ocupar aquí con el *reductio ad absurdum* del sufragio universal

que se observa en los sistemas donde impera un solo partido, y en el cual las elecciones sirven únicamente como vehículo de propaganda para fortalecer la posición del grupo que tiene en sus manos los destinos del Estado. La única lección realmente significativa es la que aprendemos de aquellos países donde el sufragio universal se efectúa aún en tal forma que el elector individual constituye un factor importante en los cálculos políticos. Ya que no está versado en los complejos problemas de la economía política y de los negocios internacionales, el votante no puede llegar a una decisión independiente que le permita hacer efectivo su propio punto de vista. Es necesario, entonces, presentarle una declaración simplificada, y la tarea de preparar estas declaraciones está en las manos de los partidos políticos que quieren obtener su voto. Si los partidos pudiesen demostrar discernimiento y valor al presentar estas declaraciones, aunque simplificadas, el elector quizás podría elegir de alguna manera que se relacionara con la realidad de la situación, pues dichas declaraciones corresponderían a un conocimiento de los hechos que está al alcance de los partidos, ya que estos disponen de fuentes de información más amplias. Pero en la práctica ocurre todo lo contrario: cuantos esfuerzos se llevan a cabo tratan de ocultar la verdadera situación; las elecciones se desarrollan en una atmósfera ficticia y la decisión se basa en factores tales como las simpatías y antipatías personales hacia los jefes de partido, o en las promesas hechas por aquellos que saben, o deberían saber, que no podrán cumplirlas. Así va dando vueltas la rueda. El propósito original, el de poner al ciudadano en situación de ejercer un mando directo sobre la legislación que lo ha de gobernar, se ha perdido actualmente y, en cambio, se presenta una situación en la que los hombres ejecutivos tienen el dominio total; pero estos hombres, a fin de poder mantenerse en el poder, están obligados a dirigir su propaganda hacia el elector individual con el propósito de influir sobre su juicio personal y privarlo así de un efectivo poder de elección. El votante no puede ya decidir acerca de la

persona o del programa por el cual ha de votar; muy rara vez comprende las consecuencias que involucra.

Como acabo de manifestar, la mayoría de las personas podrá no tomar en serio estos fracasos en la obtención de sus propósitos, pero existe una situación ante la cual es imposible permanecer indiferente. Esta es la incapacidad humana para evitar las guerras. Gurdjieff denomina la guerra "el proceso periódico de recíproca destrucción mutua de la existencia". Esta definición es importante, porque sitúa en su verdadera perspectiva el horror de este terrible fenómeno. Tan sólo una mente que bordea lo patológico puede estimar que la guerra no es el más vergonzoso baldón que enloda a toda la raza humana. En condiciones más o menos normales, o sea cuando no existe aún esa psicosis colectiva que siempre se produce al comienzo de una guerra, la mayoría de los pueblos encara la posibilidad de un conflicto con repugnancia y horror. Con todo, no sólo se suceden las guerras sino que actualmente han tomado un carácter particularmente vergonzoso: ahora no sólo implican la destrucción despiadada de los ejércitos enemigos con armas inhumanas, sino la matanza indiscriminada de mujeres y niños indefensos con medios cuyas consecuencias pueden afectar la vida de generaciones que aun no han nacido.

Se sobreentiende que las características indecorosas de la psiquis humana, tales como la ambición de poder, el egoísmo, la holgazanería y todas las formas de la falta de cordura dejan a la gente indefensa ante el ataque de la psicosis de guerra. Existe, sin embargo, en esta misma psicosis algo más profundo y que aun no se ha explicado. Las mismas personas que unos años antes consideraban con horror y consternación la más remota posibilidad de destrucción en masa de la vida humana, se convierten en víctimas de esta peculiar condición psíquica en que la vergüenza ante un acto de destrucción mutua queda reemplazada por un deseo definido de destruir: llegan a convencerse de que la destrucción está plenamente justificada. Esta convicción comienza a menudo por un proceso de justi-

ficación mental la defensa propia, por ejemplo, o la necesidad de librar a algún pueblo de las garras de un opresor; esta fórmula, empero, pronto se olvida, y prevalece únicamente el deseo de destruir hasta que desaparece la psicosis, y entonces la gente vuelve al estado seguramente más normal de natural horror ante el proceso de destrucción.

¿Cómo ocurre todo esto? ¿A qué se debe que la raza humana no pueda resistir la tendencia a caer, de vez en cuando, en estos estados psíquicos que condenan tanto la razón como el corazón? ¿Cómo es que no podemos ni evitar nosotros mismos ni tampoco unirnos con otros que quieran evitar que ocurran estas cosas que, en lo más profundo de nuestros corazones sabemos, con absoluta certeza, que atentan contra nuestro interés común?

La única explicación satisfactoria que conozco es la que formuló Gurdjieff en función de dos factores que operan independientemente; pero antes de discutirla debo decir algo acerca de un concepto que ha dominado el pensamiento humano durante los últimos 2.500 años y que, para el mundo occidental, tuvo su origen en las teorías de los filósofos griegos sobre el hombre, su naturaleza y su lugar en el universo. Este concepto es el de la Razón identificada con el funcionamiento del cerebro humano. La suposición subyacente en este concepto es que, siendo el hombre capaz de pensar con claridad y ver lo que es subjetivamente deseable y objetivamente apropiado, regulará su vida de acuerdo con ello y, de este modo, podrá librarse gradualmente de su estado de sumisión a los impulsos animales desatinados que motivan todos sus sufrimientos y fracasos. La creencia en la Razón ha sufrido muchas vicisitudes, y las diversas formas en que se ha querido aplicar este principio demuestran que es insuficiente. La última oleada de optimismo comenzó en el siglo xvii, y si puede asociarse su origen con algún nombre, éste sería el de Descartes, cuya doctrina se basaba en la supremacía de la mente humana. Identificándola siempre con los procesos automáticos de los hemisferios

cerebrales del sistema nervioso central del ser humano, en el siglo xviii se entronizó a la Razón como el Poder que había de conducir a la humanidad a un milenio humanitario. En la era escolástica el pensamiento griego ya había triunfado sobre la tradición cristiana, y las iglesias quedaron indefensas ante los conceptos esencialmente antirreligiosos. La doctrina de que un recto pensar conduce inevitablemente a una recta acción, se convirtió en algo axiomático. Se habían ya olvidado las palabras de San Pablo: "Porque lo que hago no lo entiendo; ni lo que quiero hago; antes lo que aborrezco, aquello hago."

La creencia de que la mente humana era capaz de hallar una solución a los problemas humanos, y también de conducirnos a un puerto seguro donde pudiéramos llevar una vida más normal que la de nuestros antepasados, ha prevalecido hasta el siglo presente, y para muchos sigue prevaleciendo aún hoy en día. Estas esperanzas han comenzado a disiparse con extraordinaria rapidez. En vez de provocar una enérgica decisión para averiguar el porqué del fracaso, y tratar a cualquier precio de descubrir un camino más digno de confianza, la esperanza cedió su lugar a una apatía general y al deseo de evitar el esfuerzo de pensar, a toda costa. Estos fenómenos se suceden por ondas, y ocurre que en el mismo momento en que estoy escribiendo esto, pasamos por un estado, común a todo el mundo, en que nos domina el deseo de no pensar en las cosas tal como realmente son. Durante el último año he tenido la oportunidad de visitar varios países en tres continentes. Acabo de regresar de mi segunda visita a los Estados Unidos. Dondequiera que fui, me impresionó el grado en que predomina la enfermedad de "esperar lo mejor". Inmediatamente después que terminó la segunda guerra mundial, podía advertirse en todas partes un estado de ánimo muy inquieto: un sentimiento de amenaza al porvenir de la raza humana, que se basaba en el desarrollo de nuestros poderes técnicos sin el correspondiente progreso en la capacidad de regular nuestras vidas. Las condiciones no han variado en forma alguna, pero la gente acepta

ahora las excusas más baladíes para esperar lo mejor. Basta que cualquier profesor declare a la prensa que, después de todo, tal o cual clase de bomba no ha de ser tan terrible, para que la gente se olvide en seguida de todo el horror de la guerra y se consagre a su sistema favorito de lanzarse tras mezquinas e inmediatas satisfacciones. O si algún economista famoso declara que la situación económica está mejorando, todos dejan de preocuparse acerca de la extraordinaria bancarrota de la eficiencia del mecanismo de producción del mundo. Podemos tener la seguridad de que el actual período de optimismo irrazonable ha de pasar, y veremos aparecer una nueva fase de alarma y tensión, llegará el momento en que esta tensión se agudizará en tal forma que es sumamente difícil imaginar algo que evite una nueva guerra. Y esto me lleva nuevamente al tema de la guerra y sus causas.

Por lo general, se atribuyen las causas de la guerra a las intenciones humanas, y se la concibe como un conflicto entre intenciones buenas y malas. La palabra "agresor" se ha convertido en un rótulo conveniente para abacar malas intenciones a otro. No es necesario decir que esto se puede aplicar a los dos bandos en cualquier conflicto, de modo que la guerra siempre parezca, para los que toman parte en ella, una empresa destinada a defender algún principio sagrado o a promover alguna causa digna. Ahora bien, la apasionada convicción de que es necesario y justo, y que hasta constituye un sagrado deber el destruir la existencia de otros seres humanos, es justamente la psicosis que debemos tratar de comprender. Mientras no adoptemos una posición objetiva e imparcial, hay pocas esperanzas de que podamos hacerlo. El estudio de la historia tendría que enseñárnoslo; pero sus lecciones son difíciles de aprender, ya que los textos de historia están escritos desde un punto de vista subjetivo y parcial; y sus autores, aunque sostengan lo contrario, se han identificado con algún punto de vista particular. Cuando reconocemos el hecho indudable de que las guerras no se producen debido a las malas

intenciones, nos vemos obligados a admitir que implican una peculiar impotencia universal que es mucho más profunda que nuestros ordinarios fracasos en la vida diaria. Cuando llega la guerra, la gente que odiaba la idea misma de su posibilidad, cae presa del deseo de destruir, y mientras confían en sus propias armas y crean en la posibilidad de la victoria, continúan en la tarea de destruir. La piedad se agota en los seres más dulces y humanos, y sin sentir un ápice de vergüenza, se regocijan con las crónicas que relatan la destrucción de ciudades enteras y la carnicería de mujeres y niños.

Como dije anteriormente, la enseñanza de Gurdjieff explica que la guerra obedece a dos factores independientes. El primero es la aparición de un estado de tensión que no se debe a influencias humanas; y el segundo es la reacción de la gente a este estado de tensión. Este estado de tensión se origina en los fenómenos generales de orden planetario que involucran el equilibrio del proceso de transformación de la energía en todo el sistema solar. Esta tensión induce a la gente a sentirse descontenta con el estado de cosas del momento. Semejante descontento no es malo por sí mismo, ni es preciso que nos conduzca a proceso alguno de destrucción. Por el contrario, si la gente fuera capaz de una respuesta normal, es decir, si sintiera la necesidad de autoperfeccionamiento, reaccionaría contra tales períodos de tensión con mayores esfuerzos para realizar en sí mismos ese cambio en su ser, imprescindible para su bienestar fundamental. Pero, al faltar la comprensión de la necesidad de este cambio interior, la presión se transfiere a las relaciones externas y actúa sobre esos factores psíquicos de egoísmo, deseo de poder, sospecha, celos, etc., los que a su vez se transforman por contagio en la psicosis colectiva que hace posible la guerra. Luego volveré sobre este tema, una vez que haya explicado más detalladamente algunos de los principios fundamentales del sistema de Gurdjieff.

Si queremos llegar a una comprensión del problema humano, debemos primero tratar de responder a este interrogante: ¿Qué

es el hombre? ¿Es una máquina, cuyos engranajes no tienen ninguna posibilidad de acción libre en el mecanismo causal del mundo físico? ¿Es un animal como cualquier otro animal, que come y es comido, que se reproduce y perece totalmente cuando muere su cuerpo? ¿O es, no un animal común, sino algo diferente debido a su experiencia consciente y a su poder de elección? ¿Es una creación especial, hecha a imagen de Dios, un alma inmortal e infinitamente preciosa? Gente distinta dió respuestas diferentes a estas preguntas aparentemente incompatibles. Uno podrá sostener, y muy apasionadamente, que el hombre es tan sólo una máquina. Otro insistirá en que es un alma inmortal. No hay nada de extraño en esto, ya que la gente abriga las convicciones más firmes justamente sobre aquellas cosas que menos comprende. Lo extraño y difícil de creer es que en la mayoría de los casos no haya diferencia alguna en la conducta de hombres que sostienen puntos de vista tan opuestos. Un alma inmortal es, por cierto, el más valioso don que pueda poseer un ser humano; sin embargo, aquellos que con tanto afán proclaman poseerla se ocupan muy poco de su felicidad. Afirmar que el hombre es una máquina es transformar la vida en algo indiferente y sin sentido; y, sin embargo, aquellos que lo afirman están tan llenos de pasiones y deseos como si estuviesen convencidos de que son seres libres e independientes. Hace algunos años pude observar claramente este hecho cuando un eminente biólogo, famoso por su adhesión a la doctrina mecanicista, anunció triunfalmente en mi presencia que después de muchos años de esfuerzos había conseguido un notable triunfo al persuadir y obligar a la BBC a que aceptase transmitir una audición desde el punto de vista del mecanicismo ateo. Estas inconsecuencias se deben a que siempre es posible hallar argumentos convincentes para defender todos los conceptos de la naturaleza humana; y el hombre que a causa de su carácter, o de algún accidente de su temprana educación, se adhiera a cualquiera de ellos,

no puede despojarse por completo de los que se oponen al que eligió.

Todas estas afirmaciones vehementes acerca de la naturaleza humana ocultan un estado de ignorancia perpleja. Nada tiene sentido. Si somos máquinas, ¿por qué sentimos tan enérgicamente la realidad de nuestro poder de elección? Si tenemos un alma inmortal, ¿por qué no podemos hallar una sola prueba evidente de su existencia? Si somos libres, ¿por qué nos conducimos como esclavos? Si somos animales, ¿por qué especulamos acerca de nuestro destino? Hasta la fecha no he encontrado una explicación más convincente de estas contradicciones que la que da Gurdjieff. Es muy sencilla. Toda la confusión surge de que no podemos distinguir entre lo que el hombre es y lo que podría ser. Según Gurdjieff, el hombre no posee un alma inmortal preexistente; pero en el curso de su vida se forma un alma, cuya perfección es mayor o menor, según la manera como viva su vida. El alma del hombre no es la causa sino la consecuencia de su conducta. No es libre en el sentido de no responder al mecanismo causal del mundo; pero tiene un poder de elección limitado. Cuando no ejerce su poder de elección es una máquina, y su actividad, como la de cualquier máquina, está determinada únicamente por las relaciones causales con lo que lo rodea. Si durante mucho tiempo deja de ejercitar su poder de elección, termina por convertirse en una máquina en el sentido completo de la palabra, y toda posibilidad de acción libre desaparece para siempre. Es igualmente un animal, y como cualquier otro animal tiene que realizar durante la mayor parte de su existencia todos los actos necesarios para prolongar su vida.

Pero esto es sólo un aspecto del problema. El otro aspecto muestra al hombre no sólo como un animal o una máquina, sino también como a un ser con casi ilimitadas posibilidades de desarrollo. Entre estas posibilidades se halla la de adquirir un alma inmortal. También tiene la posibilidad de llegar a ser verdaderamente libre; o sea de independizarse real y efec-

tivamente del mecanismo causal. Además, en el hombre hay algo ingénito que le revela que estas posibilidades existen. Por desgracia, en el pasado se le dió una falsa interpretación y se lo tomó como evidencia de que el hombre tiene por derecho propio, esto es, automáticamente y sin ningún esfuerzo de su parte, una individualidad libre e independiente y hasta un alma inmortal. Este no es el lugar para investigar el origen de semejante error, que se afirma mucho más sólidamente en el pensamiento occidental que en el oriental. Debe tomarse en cuenta, sin embargo, que este error es común a todas las opiniones prevalecientes acerca del hombre. El materialista que niega la existencia del alma, da por sentado que si ésta existiese, todo hombre la tendría automáticamente y como una cosa natural. El espiritualista que afirma poseer un alma, también da por sentado que la tiene automáticamente y como una cosa natural.

Las consecuencias de este error han sido desastrosas para la humanidad, pues tienden a disminuir inevitablemente el significado de la vida humana. Quien cree que ya posee un alma inmortal puede consolarse con el pensamiento de que basta evitarle un daño irreparable para asegurar su posterior existencia en algún estado no del todo indeseable. El hombre que no cree en la existencia de un alma inmortal y que ni siquiera sueña con la posibilidad de adquirirla, puede vivir sin sentir el apremio del trabajo de auto-perfeccionamiento, pues para él sólo se trata de vivir su vida a plena satisfacción y desaparecer luego de saldar sus deudas con el certificado de defunción. Por alguna extraña razón los teólogos cristianos han inventado, con la doctrina de la expiación vicaria, un motivo más para no tomar la vida demasiado en serio. Asimismo, los teólogos budistas, sin tomar en cuenta las enseñanzas de su fundador, han hallado en la doctrina de la reencarnación un solaz particular. Toda esta inconsecuencia es sintomática de la universal enfermedad humana de "esperar lo mejor".

La enseñanza de Gurdjieff es sencilla y explícita. El hombre

tiene el derecho y la obligación de ganarse y pagar el propio ser por medio de sus esfuerzos conscientes y de sus sufrimientos intencionales. Si no es capaz de hacerlo cosechará las consecuencias y perecerá con la muerte de su cuerpo físico, o algún tiempo después, según haya sido la conducta que observó en vida.

El concepto de que el hombre es una "nada" que puede llegar a ser "algo", es significativo no sólo para su destino final, sino también para su vida presente. En cierto sentido ambas cosas son inseparables; pero desde un punto de vista práctico sería posible decir todo cuanto hace falta decir, sin referirse de ningún modo al alma. La finalidad de la existencia puede formularse en términos limitados a una sola vida. No somos seres libres e independientes, sino los esclavos de nuestros hábitos y de la influencia que sobre nosotros ejerce el ambiente que nos circunda. En nuestras relaciones personales fracasamos muchas veces por ignorancia, pero más a menudo a causa de nuestra completa incapacidad para dominar nuestra conducta. Todas nuestras tentativas para aliviar el sufrimiento únicamente nos conducen a nuevos sufrimientos. Todos nuestros esfuerzos para evitar las guerras únicamente nos conducen a guerras más cruentas y más terribles. El darse cuenta de todo eso debería ser suficiente para inculcar en el hombre un vivo deseo de cambiar. Si el hombre ve por sí mismo que no es lo que podría ser, no quedará satisfecho de su condición actual, dejando de lado cualquier consideración sobre su vida futura. En verdad, como ya lo he indicado, las perspectivas de una vida futura automáticamente asegurada sin necesidad de ningún esfuerzo personal, embota inevitablemente el filo de la auto-insatisfacción humana.

Hemos llegado al punto crucial en que es preciso abandonar toda crítica negativa —si lo que quiero manifestar ha de ponerse en claro— y reemplazarla por una declaración positiva de ese concepto sobre la naturaleza y destino humanos que considero como veraz en contraste tanto con el concepto mecanis-

ta como con el espiritualista. Según Gurdjieff, el hombre es "una nada que puede llegar a ser algo", una máquina que puede convertirse en un ser libre responsable. Además, su destino es significativo no sólo para él mismo sino para un propósito de orden cósmico mucho más vasto, que sólo su libertad le permitirá servir.

A fin de dar una perspectiva correcta del concepto de Gurdjieff de que el hombre "es una nada que puede llegar a ser algo", tengo que exponer parte de sus enseñanzas relativas al orden universal, de la siguiente manera: el universo, tal como lo conocemos, el universo que existe en el tiempo, debe su existencia a tres actos creadores distintos. Por el primer acto el Creador y el universo constituyen un sistema homogéneo sujeto a las leyes fundamentales inherentes a la naturaleza misma del tiempo, o sea, la primera y la segunda ley de la termodinámica. El Ser Primero (que Gurdjieff llama el Sol Absoluto); existiendo aisladamente en el ilimitado espacio, emitiendo radiaciones de su propia substancia sin ningún principio de regeneración, constituye el arquetipo de toda existencia en el tiempo en su sujeción a la ley inevitable de degeneración y disolución final. Este es el primer modo de existencia que siempre ha llenado y siempre llenará todo el universo creado.

El segundo modo de existencia es el de aquellos seres orgánicos que se mantienen mutuamente; simbolizados en el proceso de comer y ser comido. Gurdjieff representa esta transición como una decisión del Creador para hacer surgir un nuevo modo de existencia que debía contrarrestar el efecto de la ley de decadencia inherente a la naturaleza del tiempo. En consecuencia, el Sol Absoluto se vió desarmonizado de tal modo que dió lugar al nacimiento de toda la infinidad de galaxias y soles. El intercambio de energía entre estos sistemas y los modos de existencia separada que ellos permiten es tal que aseguran al Sol Absoluto contra la degeneración y le permitirán mantener indefinidamente su nivel de energía y su existencia.

Este cambio en el orden universal, que se había hecho necesario para evitar la disolución final, produjo nuevos problemas debido a la creciente complejidad del universo que se expandía. El mantenimiento del orden estaba asegurado, pero sólo a expensas de la necesidad de organización. Fué preciso crear un tercer modo de existencia; este modo tomó la forma de seres individualizados y capaces de traer al universo algo que no podía introducirse en él ni siquiera mediante un acto directo del propio Creador. Esto se obtuvo dando existencia a seres con poder de elección, es decir, seres que poseyeran cierto grado de libertad ante las leyes deterministas del universo. Así como nuestra vida depende de lo que obtengamos del medio ambiente,¹ así la libertad implica la existencia de una deuda contraída con el universo. Conforme a los conceptos expuestos por Gurdjieff, los planetas que existen en el universo son lugares donde viven también seres que poseen la propiedad peculiar de ser libres para crear o destruir su propia existencia.

Tenemos así tres modos de ser cuya interrelación constituye la armonía del universo creado. El primero es el ser *inorgánico*, sujeto únicamente a las leyes de conservación y decadencia; el segundo es el ser *organizado*, con el cual se introduce el principio cósmico fundamental de comer y ser comido para la sustentación mutua de la existencia; el tercero es el ser *responsable*, caracterizado por su poder de elección.

El hombre, como todo cuanto hay en el universo, está sujeto a las leyes de conservación y decadencia. Esto, como ya he dicho, es inherente a la naturaleza del tiempo. En la antigüedad, Gotama Buda lo dijo con estas palabras: "Todas las cosas compuestas son impermanentes. Nada viene a la existencia que no lleve en sí la semilla de su propia muerte." En segundo lugar, el hombre tiene que comer y ser comido; como todas las demás formas de vida organizada tiene que servir al Gran Propósito Universal para el que fueron también creados el Sol

¹ SCHROEDINGER, en *What is life?*, lo denomina "absorber la entropía negativa del medio ambiente".

y las estrellas. Todo aquello que come también tiene que ser comido. El hombre no posee ningún poder que le permita rehuir el cumplimiento de su función de aparato transformador de energía, por mucho que quiera evitarlo. Todo esto no es cuestión de objetivo o propósitos individuales. Los hombres y las mujeres, las comunidades, toda la raza humana y toda la vida orgánica en este como en cualquier otro planeta, junto con las formas mayores que también participan del mismo proceso de intercambio de substancia, cumplen esta función sin que participe en ello su voluntad o propósito. No obstante, junto con servir al gran propósito universal, el hombre tiene, al mismo tiempo, la posibilidad de trabajar para sí mismo y ejercer su poder de elección en beneficio de su propio ser. Usando los términos que ya he empleado, se lo puede describir como la creación de su propia alma inmortal, es decir, la creación de "algo" constituido en tal forma que pueda resistir indefinidamente las leyes de la decadencia y de la destrucción final. También puede formularse de la siguiente manera: el hombre tiene la posibilidad de convertirse en un ser libre e independiente, capaz de determinar su propio destino dentro de los límites de las leyes cósmicas generales.

Una explicación más completa de las concepciones cosmológicas de Gurdjieff deberá esperar la publicación de sus propios escritos. En este capítulo no he hecho sino presentar lo indispensable para una exposición más exacta de la finalidad y propósito de la existencia humana.

Quizá valga la pena detenernos y aclarar la diferencia entre el poder de elección y el ser libre e independiente. El poder de elección se puede ejercer solamente "aquí y ahora". Es la capacidad —para citar un ejemplo— de elegir entre decir sí o no a cualquier estímulo específico a la acción. No se extiende a los fenómenos cuyo efecto abarca un período de tiempo. La razón de que esto ocurra así estriba en que el hombre no posee una existencia permanente: es una simple sucesión de egos momentáneos. Aunque muy raras veces lo hace, cada uno de

estos egos puede ejercer su poder de decir sí o no a la posibilidad de cualquier acción posible que surja, ya sea del automatismo propio del hombre o de algún estímulo externo. El ser libre e independiente implica algo mucho más amplio que esto. Implica, primero, la posesión de una individualidad permanente y consciente sin la cual no puede haber ninguna libertad. En segundo lugar, implica el poder de mantenerse apartado o por encima del automatismo de nuestra existencia corporal, en la misma forma en que un mecánico se mantiene apartado o por encima de su máquina. Asimismo, ese "mantenerse apartado" no es el de un espectador pasivo, capaz de observar el funcionamiento de la máquina pero no de dominarla. Es muy grande la confusión que reina en el pensamiento de los que han hurgado superficialmente en las doctrinas orientales y que se han dejado impresionar por la doctrina del desdén o menosprecio de los bienes terrenales. Lo han interpretado como si quisiera significar que la contemplación meramente pasiva de la actividad exterior es en sí misma un fin. El menosprecio de esta clase tiene ciertas aplicaciones, pero sólo como uno de los elementos involucrados en la consecución de una individualidad libre.

Quizá un ejemplo pueda servirnos para aclarar esta distinción. El hombre medio y corriente no posee el poder de una fiscalización consciente sobre su estado emocional. Se entristece, se alegra, se aburre, se excita, se interesa, se asombra, se mortifica, se enfada, envidia, se resiente y goza alternativamente bajo la influencia de las asociaciones automáticas y los hábitos adquiridos que se combinan con los estímulos pasajeros de las situaciones externas. Lo mueve el deseo o la aversión, y considera estos estados como la expresión natural de su propio ser. Pero cuando estos estados entran en conflicto con alguna actitud mental igualmente definida, se produce una lucha cuyos resultados, a su vez, dependen de factores accidentales, como ser el temor a las consecuencias de la acción deseada, o la esclavitud de las opiniones ajenas. Tanto da que las emocio-

nes sean violentas y tempestuosas, como débiles e inefectivas. Sea como fuere surgen, se manifiestan y desaparecen conforme a un proceso que no entiende y que no puede, por cierto, dominar. Naturalmente, no se da cuenta de ello porque su primera educación ha desarrollado en él el hábito de reprimir ciertas manifestaciones exteriores que el ambiente en que vivía consideraba "inconvenientes". Le enseñaron a denominar a esa forma de represión con el nombre de "dominio de sí mismo". No entiende, sin embargo, que esos sentimientos que oculta determinan su estado y colorean sus actos en una forma muchas veces dañina para su propio ser.

La perniciosa costumbre de dar importancia sólo a aquello que es evidente a los ojos de los otros, y de no concedérsela al propio estado interior, desarrolla en la gente un impulso de autojustificación que actúa de manera tan automática que casi siempre les parece que están en lo cierto. A causa de este proceso muchas reacciones emocionales indeseables pueden pasar inadvertidas para la persona que las experimenta, con el resultado de que ella tampoco se da cuenta de su incapacidad para dominarlas.

Ahora bien, dominarse a sí mismo puede significar muchas cosas. Ya me he referido al "dominio" automático que se debe sencillamente a la costumbre o a la acción del temor. Es, virtualmente, la única clase de dominio que puede existir en el hombre o en la mujer comunes. Existe un autodomínio distinto que resulta de la práctica del "desprendimiento". Ha de entenderse de una vez por todas que es algo sumamente difícil de conseguir. No es de ningún modo un simple cambio de actitud mental. Mediante largos y perseverantes esfuerzos, que tienden principalmente a adquirir la capacidad de dirigir la atención, se puede obtener el poder necesario para retirar la atención de un estímulo dado y evitar de este modo responder a él. Esto puede hacerse, por ejemplo, enfocando la atención con bastante intensidad sobre un punto elegido de antemano y por este medio separarla del estímulo emocional. Mediante

tales medios un hombre puede lograr la capacidad de debilitar o extinguir cualquier estado emocional indeseable. Puede hacerlo deliberadamente con el propósito específico de librarse de su dependencia de las emociones, o puede hacerlo sin ningún propósito determinado y solamente como parte de algún ejercicio religioso o acto de devoción. En este último caso, el esfuerzo para enfocar la atención se dirige a Dios o a algún santo a quien se considera como objeto de adoración. Mediante este tipo de prácticas pueden obtenerse varias clases y distintos grados de "desprendimiento". Confieren al hombre cierta fuerza interior, pero no una verdadera libertad interior.

La razón de que esto ocurra así es que no traen consigo el necesario poder intencional para determinar qué estado emocional ha de presentarse. Por ejemplo, un hombre puede alcanzar un alto grado de "desprendimiento" y, sin embargo, será incapaz de sentir asombro por el mero hecho de querer sentirlo. Tener dominio sobre las propias emociones no sólo implica poder sentir lo que uno quiere sentir sino mucho más: poder sentir aquello que uno no quiere sentir. Ya que el estado emocional es uno de los factores decisivos que determinan el funcionamiento del organismo físico, ningún hombre puede considerarse completamente libre hasta que pueda tener, en el momento que quiera y en el grado de intensidad que estime necesario, la emoción apropiada a la conducta que decida manifestar. Al escribir estas líneas me doy cabal cuenta de toda la mala inteligencia a que pueden dar lugar, pues muchas personas, que en realidad son esclavas casi absolutas de su automatismo, proclamarán con toda apariencia de sinceridad que son capaces de sentir lo que desean. Por ejemplo, creen que pueden enfadarse porque consideran que la cólera corresponde a una situación dada, y pueden enfadarse sin haber "cedido" (según dicen) al impulso de la cólera. Todo esto no es sino ilusión, y el mero hecho de que tal auto-engañío ocurra es uno de los principales obstáculos que impiden a la gente comprender su verdadera situación.

Para cualquiera que sea capaz, aunque en grado mínimo, de observarse imparcialmente a sí mismo, la situación en que se encuentra está amplia y completamente expresada en las palabras del Apóstol San Pablo: "Porque lo que hago no lo entiendo; ni lo que quiero hago; antes, lo que aborrezco, aquello hago." El postulado fundamental que estoy tratando de aclarar es el siguiente: Esta situación puede modificarse, y el hombre puede llegar a convertirse en un ser libre e independiente con un amplio dominio sobre sí mismo y sus reacciones mentales, emocionales y físicas. El logro de esta libertad es solamente un aspecto de la cuestión, pues su verdadero y trascendental sentido estriba en el uso que se haga de tal libertad. Ya he dejado claramente establecido que, según el concepto de Gurdjieff acerca del destino humano, el hombre que ha logrado esta libertad tiene una ilimitada responsabilidad para con sus semejantes en su lucha por la misma libertad, y también frente a su Creador para el cumplimiento del Divino Propósito.

¿A qué punto ha llegado el hombre corriente y medio en el cumplimiento de su gran destino? ¿Con qué cosas ocupa su vida?

¿Qué motivos determinan, en realidad, sus acciones? A fin de responder a esto tenemos que tomar en cuenta las tres modalidades posibles de ser que hay en el universo. Ante todo, el hombre es un objeto material y, como todos los objetos materiales, su existencia está sujeta a las leyes de la termodinámica. El hombre no puede, "congojándose, añadir un codo a su estatura". También tiene que envejecer, su cuerpo tiene que morir y volver al polvo. Este es el primer aspecto de todo ser. En segundo lugar, tiene que cumplir con todas las funciones de su existencia animal. No puede evadir la obligación de proveer a las necesidades de su cuerpo animal. Lo quiera o no, estas obligaciones tienen que ocupar gran parte de su tiempo y de su energía. En todos estos aspectos el hombre no se diferencia gran cosa de los demás animales. El verdadero significado de su vida estriba en si dedica o no el tiem-

po y la energía que le sobran a un propósito más elevado que su mera existencia animal. Si no lo hace, entonces el hombre no es sino un animal que piensa.

A fin de hacer una valorización correcta tenemos que enumerar los tipos de propósito que no se pueden llamar "más elevados" que aquellos de una existencia animal. Estos propósitos son los que únicamente persiguen la satisfacción de los deseos egoístas. También lo son aquellas acciones que carecen de cualquier propósito definido, todas las que podemos colocar bajo el título general de "para matar el tiempo", tales como las de emplear los momentos libres en un estado completamente pasivo, y en aquello que muy apropiadamente llamamos "distracciones". Los esparcimientos son necesarios para el hombre que se entrega a un trabajo intensivo, incluso el trabajo intensivo necesario para la creación del propio ser. Sin embargo, no representan en sí mismos un propósito más elevado que la existencia animal, siendo más bien la consecuencia inevitable de las limitaciones de su propia fuerza. Proveen al hombre de cierta cantidad de alimento necesario para su desarrollo interior, pero no se los puede calificar como de "orden superior", ni pueden serlo en sí mismos.

Aparte de sus actividades egoístas e indignas y, también, aparte de sus actividades mecánicas y habituales sin conexión directa con su vida animal, es obvio que el hombre medio a menudo hace cosas destinadas a alcanzar una finalidad superior a su naturaleza animal. Por ejemplo, no se satisface con traer sus hijos al mundo y dejarlos que lleguen a la madurez como simples animales, sino que desearía verlos "bien educados", es decir, hacer de ellos individuos libres y responsables. Puede hacer grandes sacrificios para lograr este objetivo, pero si no entiende lo que significa la educación y lo que se requiere para su realización, si en realidad permite a sus hijos crecer como esclavos inconscientes sin ninguna posibilidad de desarrollo ulterior, no ha hecho por ellos ninguna de las cosas que el animal no haya hecho por su cría. Tan importante es la de-

bida comprensión de este punto, que le dedico todo el próximo capítulo.

Otro tipo de actividad no-animal es la obtención del conocimiento para otros propósitos que los de la satisfacción de las necesidades animales. El deseo de conocerse a sí mismo, de conocer el universo y de conocer el propio destino en el universo, es ciertamente un deseo noble y elevado. Todos los esfuerzos dirigidos hacia estos fines están muy lejos de los que constituyen la vida animal. No veo la necesidad de preguntar cuánto tiempo y cuánta energía dedica a esto el hombre común. El interrogante que importa realmente es: si los que creen ocuparse de la Ciencia Objetiva se dedican genuinamente a este propósito, o si los inspiran las mismas pasiones, como ser la ambición, la emulación y el deseo de recompensa, que manchan todas las actividades humanas. Los mismos filósofos no dejan de subrayar el espíritu de investigación desinteresada y de desapego hacia las consideraciones personales que son indispensables en la búsqueda de la verdad. La historia de la filosofía, tomada en su conjunto, no demuestra que los filósofos hayan estado exentos de las pasiones humanas comunes. He utilizado el concepto "en su conjunto" porque hubo excepciones dignas de mencionar, en hombres como Sócrates y Spinoza, cuyas vidas son pruebas evidentes de lo que puede alcanzar el hombre por medio de una indagación desinteresada de la verdad que se combina con una resuelta lucha consigo mismo. Pero la cuestión de los motivos de los filósofos es menos importante que el resultado de sus esfuerzos. Nuestro pensamiento occidental sigue los surcos abiertos por los filósofos que heredaron el pensamiento de los antiguos griegos. Acerca de esto y acerca de las demandas hechas en nombre de la ciencia natural para proveernos de verdades objetivas, trataré en el tercer capítulo de esta obra.

Finalmente, tenemos el objetivo de la religión. Como se ha dicho a menudo, este objetivo, superior a todos los demás, es uno de los que diferencian a los hombres de los animales. Pero

es cierto únicamente cuando es un objetivo viviente, y cuando la religión es algo más que un refugio contra el sufrimiento o una póliza de seguro contra la posibilidad de un juicio ulterior. También es posible entregarse a prácticas religiosas ostensibles guiándonos por motivos que, en última instancia, no pasan de ser motivos animales, como el placer producido por un rito, o el deseo de alguna clase de estímulo emocional. La insignificancia del papel que desempeñan las creencias religiosas genuinas y las aspiraciones para determinar las acciones humanas en el mundo moderno constituye una de las principales razones de la dificultad para considerar al hombre contemporáneo como algo superior a un animal pensante. La religión es el tema del cuarto capítulo.

En el título de ese capítulo he puesto como términos anti-téticos: "Animal pensante o ser racional." Un ser racional es aquel del cual se puede estar seguro de que obrará en cualquier situación conforme a los dictados de una razón objetiva. Si la humanidad estuviese compuesta, aunque fuese en pequeña proporción, por seres de esta clase, la situación del mundo no sería la que actualmente ven nuestros ojos.

CAPÍTULO II

EDUCACIÓN. CÓMO SE PRIVA DE ALMA A LOS HOMBRES

Cuando el hombre comprende verdaderamente que no es lo que podría ser, comienza a despertar en él un deseo que corresponde a esta comprensión, el deseo de "ser". El sentimiento de la necesidad de ser —o el hambre de ser— no es fácil describírselo a quien jamás haya sentido su propia vaciedad, a quien cree ser su propio amo, a quien está seguro de fiscalizar su conducta mediante el uso de la propia "voluntad". Tan poderosas son las influencias que nos inducen a creernos individuos libres, que sólo mediante un gran esfuerzo podemos llegar a reconocer la magnitud de nuestra mecanicidad. Para ello es preciso adquirir cierta capacidad de auto-observación objetiva y de sinceridad consigo mismo. Junto con esta capacidad surge el poder de discriminar entre los objetivos reales e ilusorios. El primer objetivo real del que comienza a darse cuenta de su impotencia y esclavitud debe ser el de crear en sí mismo algo seguro y en que poder confiar, algo que sea libre y capaz de tomar resoluciones independientemente y llevarlas a cabo. Mientras el hombre permanezca sumido en la ilusión de que ya posee estas cosas sin haber trabajado para conseguirlas, no surgirá nunca en él la capacidad de discriminar entre lo real y lo falso. Al no sentir en él la necesidad de ser, todos sus deseos convergen hacia el exterior, hacia propósitos que lo "atraen" por distintas razones. A causa de la actividad exterior que resulta de ello, su atención se distrae de su propia vaciedad

interior, y puede seguir viviendo sin sospechar que pierde todo lo que posee valor esencial para la existencia humana. Lo que llama éxito o fracaso en sus empresas humanas sirve igualmente para hipnotizarlo. Atribuye lo uno o lo otro a su propia inteligencia o a su estupidez, a su energía o a su pereza, a su fortaleza o a su debilidad de propósitos o a las acciones bien o mal intencionadas de las demás personas. Dicho en otras palabras, interpreta su experiencia en función de intenciones y del cumplimiento de ellas. Es verdad que ve la acción de varios factores externos e imponderables, y hasta llega a creer en cosas tales como la buena o mala suerte. Lo que no ve es que todo el proceso del intercambio humano es un gran teatro de títeres en el que ninguno de los actores se encuentra libre de los hilos que rigen todos sus movimientos; un teatro de títeres donde además no hay quién dirija el espectáculo, sino tan sólo combinaciones accidentales de líneas no coordinadas de causa y efecto.

En el último capítulo de este libro doy una exposición esquemática de la respuesta de Gurdjieff a la inevitable pregunta: "Si somos títeres, ¿por qué no sentimos los hilos que nos mueven?" Y aquí es preciso presentar la situación del hombre que se da cuenta de que no es lo que podría ser y que, en consecuencia, comienza a experimentar el deseo de *ser*. Si entonces se pregunta a sí mismo: "¿Cómo puedo *ser*? ¿Qué condiciones hacen posible el que uno sea?", se dará cuenta de que esto implica, al menos, la capacidad de tomar una decisión que no le es impuesta por fuerzas externas y de actuar conforme a ella. Tiene que ser capaz de mantener una actitud objetiva para consigo mismo, debe poseer el vigor necesario para realizar esfuerzos por su libre decisión, y no por imposición de fuerzas externas, ni por incitación de su vanidad o de la importancia que se atribuye a sí mismo. No debe temer lo desconocido, porque su viaje hacia el estado de *ser* lo llevará inevitablemente a situaciones muy poco familiares y que trastornarán por completo todo cuanto creía comprender acerca

de sí mismo y del mundo en que vive. Finalmente, no debe rehuir el sufrimiento, sino considerarlo como la moneda con la que pagará para pasar de un estado a otro.

Si todo esto representa una condición necesaria para encaminarse hacia el *ser*, cabe desesperarse y hacerse eco de las palabras bíblicas: "¿Quién será salvo entonces?"

Al pensar con imparcialidad sobre este punto, no podemos dejar de comprender que la posibilidad de ser depende de una preparación previa, que ningún hombre puede efectuar por sí mismo, así como nadie puede, con la dudosa excepción del Barón de Munchhausen, sacarse a sí mismo de un pantano tirando de su propio pelo. Además, ha de ser obvio que esta preparación sólo puede llevarse a cabo durante el período formativo del hombre, cuando todo el caudal de asociaciones que determinan las posibles experiencias de la vida se graban en el sistema cerebral nuevo y receptivo del niño. Por lo tanto, toda generación tiene para con la siguiente el deber de preparar a los niños para que lleguen a ser seres responsables, capaces de juicio objetivo y de comprender que todo lo que es real ha de pagarse, y que el esfuerzo consciente y el sufrimiento intencional son los únicos medios de efectuar este pago. Esta comprensión no brota espontáneamente. Requiere una enseñanza reforzada por el ejemplo. El niño es impotente y depende de los mayores, y a menos que sus padres y profesores cumplan con esta tarea honradamente, llegará a la edad adulta falto justamente de aquello que es tan indispensable para cumplir con su destino de una manera digna.

Ha de admitirse que si el crecimiento del niño se realiza en forma defectuosa con respecto a estos requisitos esenciales, se verá privado, y no por su propia culpa, de la posibilidad de llegar a ser lo que debe ser. Es difícil describir la trágica situación de un ser que, por sus disposiciones naturales y otros factores hereditarios, es perfectamente capaz de llegar al verdadero estado de ser, y que como resultado de una educación

defectuosa y de los malos ejemplos es incapaz de comprender lo que necesita, o de tomar la decisión de trabajar en sí mismo y de llevarla a cabo. Nadie que comience a darse cuenta de ello, aunque sea en mínimo grado, dejaría de ver que la preparación de la próxima generación es un deber sagrado y que ha de formar parte de los objetivos de cualquier persona normal.

La verdadera finalidad de la educación puede formularse en términos que creo serán recibidos con asentimiento general, aun por aquellos que todavía no han comenzado a pensar que el destino humano involucra el cambio de ser. Podemos, por ejemplo, decir: "La finalidad de la educación es la de producir un ser humano independiente y responsable, capaz de comprender las obligaciones que tiene para consigo mismo y para con el mundo en que vive, que sienta la necesidad de cumplir con esa obligación y que sea capaz de hacer los esfuerzos y los sacrificios necesarios para cumplirla." Ahora bien, ¿qué hace la humanidad contemporánea para que exista una nueva generación capaz de comprender y de cumplir con sus obligaciones? Muchas veces se concibe a los niños involuntariamente; la mayoría de las veces sin intención de tener un hijo. Y los conciben personas que ni siquiera tratan de comprender el extraordinario acontecimiento que están realizando. Casi desde el mismo día de su nacimiento los niños quedan sometidos a influencias que inevitablemente producirán en ellos características como la vanidad, la terquedad, la egolatría, la desconfianza, el engaño y el disimulo, la sugestionabilidad, la dependencia del resto de la gente, y como raíz y centro de su ser, el egoísmo. Cuando uno observa la conducta de algunos padres para con sus hijos, se siente casi tentado a pensar que esos padres tratan de conseguir esos resultados deliberadamente. Lo hacen por medio de una combinación de halago y lisonja, represión y castigo. Por su propia conducta inconstante, forman en el niño los hábitos correspondientes de inconstancia. Acabando y culpando al niño solamente en relación a exterioridades y a mani-

festaciones visibles, apagan completamente en él el sentimiento natural de la importancia de lo que ocurre en su experiencia interior. Al desatender la vida interior del niño excepto para llenarle la cabeza con toda clase de absurdos hacen lo posible por imponer a su mente la convicción de que lo único que importa es lo que aparentamos ser y no lo que verdaderamente somos. Mediante influencias que presionan a los niños desde el momento que nacen, se les hace pensar y sentir que su verdadero valor únicamente lo determinan las manifestaciones externas visibles para la demás gente. Toda actividad que los demás no pueden ver, ya sea porque se lleva a cabo como experiencia interna, o se realiza fuera de la vista del prójimo, deja de ser motivo de satisfacción o vergüenza. Todo este proceso se desarrolla intensamente mientras los niños permanecen en contacto con sus padres o con sus niñeras. En algunos casos se acentúa la lisonja y se aplaude con exceso hasta los más triviales gestos. En otros se ejerce una dura represión de las manifestaciones externas que no se conforman a determinado código artificial de conducta. A veces uno de los padres ejerce sobre el niño la influencia de que hablamos primero y el otro ejerce la segunda. No existe ninguna diferencia esencial en las consecuencias, fuera de que pueda alterarse el equilibrio entre la vanidad y el engaño, la obstinación y la desconfianza y todos los elementos que caracterizan la psiquis del hombre y de la mujer corrientes. Es indispensable entender con absoluta claridad que todo lo que ocurre en la niñez produce sus efectos a lo largo de toda la vida. Las semillas de la vanidad, que se plantan en los niños aun antes de que hayan comenzado a hablar, pueden producir una cosecha que desfigurará totalmente su vida y echará a perder sus oportunidades de auto-creación.

Luego el niño entra a formar parte de alguna comunidad (una escuela o la compañía de otros niños) y empiezan a obrar otros factores. La más poderosa de las influencias que se ejercen ahora sobre el niño es la del temor a la opinión

de los demás y la consiguiente sumisión a ella. Tan pronto como el niño empieza a vivir en sociedad con otros niños, comienza a ser esclavo de lo que se llama la "opinión pública". Esta forma de esclavitud lo domina cada vez más y se convierte en uno de los factores predominantes que fiscalizan todas sus acciones durante el resto de su vida. Se convierte en un ser incapaz de hacer nada sin que, en uno u otro sentido, influya en él la idea del efecto que podrán producir sus acciones en la opinión de los demás. Su vida, entonces, queda dividida en dos partes. Una consiste en las manifestaciones externas visibles a los demás. Da exactamente lo mismo que esta dependencia actúe en forma de sumisión o de rebeldía, que quiera agrandar o escandalizar. Da lo mismo, porque en cualquiera de los dos casos ha quedado ahogada la posibilidad de una independencia interior y de un juicio interior libres. La otra es la parte invisible de su vida, y en ella el niño permite que se desarrollen y cristalicen toda suerte de hábitos perniciosos, mentales, emocionales y físicos, sin sentir ninguna o casi ninguna vergüenza ni tampoco advertir las consecuencias perjudiciales que todo ello tiene para él.

Un segundo tipo de influencia se presenta en casi todos los sistemas educativos modernos: es el del estímulo al esfuerzo que no se basa en la decisión interior sino en la competencia y en la recompensa. El llegar a ser mejor, no sólo en lo necesario (en lo que ha de aprenderse y en lo que podría ser excusable hacer uso de esos estímulos al esfuerzo) sino en actividades completamente artificiales (tales como los deportes y juegos, y otros adornos sociales que no sirven a ningún propósito útil), se torna para el niño en algo importante en sí mismo y se asocia en su mente con la verdadera finalidad de la existencia. Se le enseña que lo único que importa es destacarse sobre los demás, y precisamente con esa clase de supremacía visible y valorada en función de algún estereotipado criterio exterior. Los resultados perduran a lo

largo de toda la vida y dan origen a una serie de condiciones extrañas y anormales, como la ambición, el ansia de ser alabado, el impulso de dominar a los demás y de ser importante, todo lo cual ejerce una funesta influencia sobre la posibilidad de establecer relaciones humanas normales.

De este modo se hace todo lo posible para acrecentar la importancia de las apariencias y para disminuir la importancia de la realidad. Por lo tanto, ¿qué necesidad existe de tener una actitud interior de satisfacción objetiva consigo mismo? Se habla únicamente de una aprobación imparcial y genuina de sí mismo. No se hace absolutamente nada para desarrollar en los niños la convicción de que el juicio imparcial de sí mismo, hecho interiormente y sin referirse en forma alguna a la opinión buena o mala de la gente, debe constituir la base de sus propias acciones. Este tema, aunque se lo discuta algunas veces en forma teórica, no forma parte efectiva de ningún programa educativo.

Pero no son estas las únicas influencias perniciosas y artificiales que pesan sobre el niño desde los primeros años de su vida, y que continúan actuando durante todo el período crítico en que se prepara para su vida adulta. Otra influencia artificial (y esto se aplica a la mayoría de los países de la llamada civilización moderna, y particularmente a los países de habla inglesa) es esa extraña actitud hacia el sexo. Los adultos encuentran indeseable y embarazoso explicar a los niños cosas muy necesarias, no sólo sobre la fisiología de las funciones del sexo humano, sino también sobre el papel que el sexo desempeña o tendría que desempeñar en la vida del hombre. Debido a esta peculiar actitud de los mayores frente a una cosa a la cual es esencial que los niños se acerquen con comprensión y no con embarazo, surge una serie de consecuencias muy desagradables. Una de ellas es que los niños comienzan a advertir una serie de ocultamientos en todo cuanto tiene relación con los asuntos sexuales, y asociado con esto, tenemos el desarrollo de hábitos perniciosos como la masturbación y el

contacto sexual juvenil, que tienen consecuencias decisivamente aciagas en la vida adulta. La segunda consecuencia resulta de la combinación de ocultar las cosas sexuales y el temor a la actitud de los demás. A menudo esto impide que los hombres y las mujeres cuando se casan tengan relaciones sexuales normales, viéndose privados del goce de los beneficios de esa mutua integración que es tan necesaria para la vida normal de los seres bisexuales. Finalmente, surge una obsesión mental y emocional que se relaciona con el acto mismo, y que es particularmente dañina para la formación de una libre individualidad independiente.

En lo que concierne a la instrucción verdadera que forma el propósito más ostensible de la educación, los temas enseñados y los métodos empleados se adoptan sin ninguna comprensión de las necesidades de la vida adulta. No se enseña absolutamente nada acerca de la naturaleza del hombre, acerca de lo que es y de lo que puede llegar a ser. No se enseña nada realmente significativo en lo referente a las obligaciones que tiene el hombre para consigo mismo y para con sus semejantes. Tan sólo por accidente, y siempre en base a una emulación egoísta, se hace algo para desarrollar una fortaleza de determinación relacionada con el cuerpo físico; el poder para resistir la fatiga y el dolor, y para hacer un uso sencillo y natural de las funciones de nuestro cuerpo. Y en cuanto a las necesidades de la vida emocional, prevalece algo peor que la ignorancia. No se comprende en absoluto la idea de que sólo se puede tener un juicio emocional imparcial mediante el correcto desarrollo de las facultades emocionales. Esta situación es muy seria, por cuanto la habilidad de adquirir el conocimiento mental, por medio de la escritura y otros medios de transmisión corrientes en la actualidad, constituye un peligro positivo si no se lo equilibra con un grado similar de desarrollo del poder de ejercer un juicio crítico.

Las cosas que se enseñan a los niños en las escuelas son muy a menudo extrañas y aun ridículas; no tienen nada que

ver con la forma en que el niño o la niña va a desarrollar su vida. Hace poco pregunté qué tarea hacía un niño y se me contestó que estaba estudiando su lección de historia, que consistía en aprender de memoria las fechas de todas las batallas de la Guerra Civil inglesa. ¿Puede concebirse actividad más inútil durante ese período de la vida de un muchacho, en que hay tantas cosas esenciales que aprender? Aparte de lo absurdo que es aprender de memoria una serie de "hechos", sin referencia alguna a su significado o a su interpretación, hay muchas clases de disciplinas intelectuales (así se las llama) que se enseñan en tal forma que sus consecuencias son muy graves en la vida; se enseñan sin referirse de ningún modo a alguna realidad concreta. De ello resulta que se introduce en el mecanismo del pensamiento la incapacidad de distinguir entre las palabras y lo que realmente significan. Los niños que reciben esta clase de instrucción entran en la vida privados de la posibilidad de un pensamiento normal y concreto, y sin saber hacer otra cosa que jugar con las palabras, se convierten en víctimas indefensas de las "frases hechas" que aceptan sin detenerse siquiera a preguntarse si corresponden o no a la realidad.

A lo sumo se hacen esfuerzos superficiales para despertar en los niños el deseo de entender verdaderamente el significado de las palabras y no darse por satisfechos únicamente con su sonido. Pero como en los procesos subjetivos del niño tiene que existir algún significado, ocurre que cada cual atribuye a las palabras que oye un significado particular y subjetivo que puede haber surgido en él al momento, o un significado sugerido por cualquier clase de propaganda.

Tomemos una de estas disciplinas, las matemáticas, que han contribuido al desarrollo de esta irrealidad en el pensamiento. Por una razón histórica especial las matemáticas han gozado de gran prestigio desde la época griega. Se enseña esta materia sin hacer la menor referencia a la capacidad, que es comparativamente rara, de comprender las operaciones abs-

tractas que involucran y saber hacer de ellas un uso efectivo. Pero como la capacidad de imitación es muy fuerte en los niños y aprenden de memoria las cosas más complicadas sin entender lo que significan, puede resultar que se obtenga solamente una apariencia engañosa de comprensión intelectual. Además, casi nunca se toma en cuenta que muchas de las operaciones matemáticas sólo precisan de la función de los reflejos motores y que pueden realizarse sin una comprensión de su verdadero significado. De esta suerte los niños y las niñas pueden destacarse en matemáticas sin comprender absolutamente nada del proceso de lógica que involucran o de la naturaleza del pensamiento abstracto. Y los niños que se rebelan contra esa actividad insensata quedan automáticamente calificados como malos en matemáticas.

Presenciar la enseñanza de idiomas en cualquier escuela, en cualquier país, representa una experiencia dolorosa para quien se da cuenta de los efectos liberadores de la captación de los procesos mentales de una raza extranjera. En casi todos los países europeos, la enseñanza de los idiomas extranjeros se limita a aquellos idiomas similares del mismo grupo europeo. De esta manera los niños crecen sin darse cuenta de las especiales limitaciones impuestas por la forma lingüística a que están acostumbrados para la posibilidad de dar expresión a ciertos tipos importantes de experiencia. Las lenguas semíticas, por ejemplo, tienen un poder muy superior a las europeas para fijar la atención en el significado de las palabras, debiéndose esto a la constancia del significado básico de una raíz triliteral. Tomar parte en las discusiones aparentemente interminables de los árabes sobre el significado de las palabras, es entender, por comparación, cuán poco les importa a los europeos el significado real de lo que están diciendo. Los idiomas aglutinantes del Asia Central (y creo que también el chino, aun cuando ignoro esa lengua) poseen un singular poder para explicar ciertos finos matices de diferencia relativos al grado de intención consciente involucrado en acción. Aho-

ra bien, es un principio fundamental que el valor de cada acción está en proporción directa con el grado de intención consciente con que se realiza, y, por lo tanto, es probable que no se deba a ningún accidente el que durante miles de años el Asia Central fuese la parte del mundo donde mejor se comprendiera la naturaleza del hombre. La actitud europea hacia las lenguas semíticas y turanias se caracteriza por su absurdidad. Cuando por algún motivo se enseñan estos idiomas a los europeos que tienen que ir a trabajar a los países orientales, se les impone una forma gramatical indoeuropea ficticia, que disfraza su verdadera estructura, y se aprenden muy superficialmente, sin tener el menor concepto de su verdadero poder. Únicamente, en ciertos casos muy raros, gracias a un contacto íntimo con estos pueblos hay europeos que entran en posesión del tesoro insospechado de sabiduría práctica que se ha conservado en sus idiomas.

Entre la enseñanza ordinaria de los idiomas y esta clase de cosas existe tanta diferencia como la que hay entre una casa de inquilinato europeo y el Taj-i-Mahal. La mayoría de los niños no sólo crecen faltos de la habilidad de pensar en un idioma extranjero, sino que malgastan muchos años de estudio sin adquirir siquiera la capacidad para hacerse comprender en los asuntos más simples de todos los días. Su conocimiento de la literatura extranjera nunca llega a abarcar aquellas obras en las que se expresa el pensamiento característico de otra raza; y cuando estudian lo suficiente como para rendir lo que llaman exámenes superiores, lo hacen casi exclusivamente aprendiendo de memoria algunos trozos que no se toman la molestia de comprender, y una enorme información sobre las fechas, las vidas y las supuestas relaciones entre los distintos autores y sus escuelas.

A lo largo de las distintas disciplinas de la educación escolar corre un hilo común: el desdén de los significados concretos y la confianza únicamente en la habilidad para jugar con las palabras. Esto se fomenta enérgicamente por la valorización

de los resultados del esfuerzo hecho en los exámenes orales y escritos que nadie se cuida de relacionar con una preocupación interior. Una de las consecuencias trágicas de todo este proceso es que hay ahora en el mundo muchos millones de seres completamente indefensos ante la sugestión verbal. Por medio de este proceso que llamamos educación formamos hombres y mujeres incapaces de llevar una existencia libre e independiente y que dependen cada vez más del apoyo externo en casi todas las actividades de su vida. Esto se aplica igualmente al trabajo que tienen que hacer para ganarse la vida, y a la manera de utilizar las horas de ocio que le ha sido impuesta por la propia incapacidad para saber ocupar el tiempo. Ya sean empleados de banco u obreros de alguna fábrica, cuentan con una vida totalmente mecanizada para librarse en lo posible de la necesidad de tomar cualquier decisión independiente. Cuando terminan su trabajo pasan a otros estados de dependencia durante todo el período de recreo. Se mantienen pasivos ante otros estímulos externos estereotipados, llámense cinematógrafo, partidos de fútbol o cualquier otra cosa, o se dedican a las formas más notables de la actividad mecanizada, como ser el llenar formularios para las apuestas de fútbol y otras cosas similares; y lo hacen justamente cuando podría suponerse que el llenar formularios ya se hubiera convertido en una actividad desagradable. Cada día es mayor el número de personas que dependen del gobierno y que quieren ser gobernadas, y que requieren que les regulen sus vidas. Otro curioso fenómeno de hoy día es que cuando sus gobiernos no se encargan de hacerlo, las agencias de publicidad emprenden la tarea. En los Estados Unidos casi toda la vida está regulada y dominada por la publicidad. Desde el momento en que el hombre y la mujer se levantan por la mañana hasta que se acuestan por la noche, todo lo que hacen o dejan de hacer está virtualmente determinado por la publicidad. Esta lo determina por el simple proceso de sugerir, por reiteradas declaraciones en un lenguaje muy sencillo, que tal o cual cosa les

dará salud o los hará felices, o bien, y esto se usa muy a menudo ahora, que estas cosas son justamente las que conducen a una modalidad de vida americana. Para todo esto, los anunciadores, con una fe que el resultado siempre justifica, confían en la carencia general de iniciativa propia o de fuerza para resistir una sugestión reiterada.

La sugestionabilidad universal también ha hecho que todos los pueblos del mundo se hallen indefensos ante la propaganda política. Es particularmente doloroso presenciar cómo la propaganda actúa sobre las masas de países como Rusia y la India donde un pequeño grupo de personas ejerce un poder casi ilimitado, a consecuencia de una pequeña dosis de "educación" y mediante la sugestión en gran escala. En nuestra civilización moderna (como acostumbramos a llamarla) el pueblo está subyugado por la propaganda política o por las sugerencias de los agentes propagandistas: la situación es exactamente igual tanto para los que viven en los países llamados libres como para aquellos que viven bajo las llamadas dictaduras. No existen, en realidad, individuos libres. En todas partes se determina y se gobierna la vida de la gente por medio de estímulos externos y estereotipados contra los cuales no pueden ofrecer ninguna resistencia. La causa directa de todo ello es nuestra llamada educación. Resultan, del modo en que procede esta educación, hombres y mujeres perfectamente adaptados a una existencia mecanizada. Casi la única ventaja efectiva que la mayoría de la gente obtiene de la educación es la capacidad de leer, capacidad que se convierte en la mayor desdicha para cualquier persona sugestionable y que no haya desarrollado en sí misma un juicio crítico independiente. Además la educación ha hecho posible un sistema especial, más efectivo que ningún otro, para divorciar a la gente de cualquier contacto con la realidad. Este sistema es el periodismo moderno.

Los periódicos modernos se dividen, principalmente, en tres secciones: anuncios, deportes y noticias generales. Ya me he

referido a la esclavitud que se produce en la vida diaria por medio de la sugestión de la publicidad comercial. La lectura de las noticias deportivas produce otro estado de pasividad peligrosa en el empleo de las horas de ocio. Conduce también a un sistema artificial de valorización de la gente, por el cual aquellos que han adquirido alguna habilidad física especial pasan a la categoría de héroes nacionales. No omitiré, desde luego, referirme a la labor que desarrollan para crear una artificiosa adoración a las estrellas de cine y otros individuos particularmente automatizados y desvalidos, cuyos amos los utilizan para expresar situaciones y emociones completamente irreales y para estimular a un costo bastante reducido una reacción sexual y artificial en las masas. La tercera sección, la de las "noticias", ejerce una particular influencia sobre la vida humana. Casi invariablemente estas noticias son inexactas, y lo son aun más cuando tratan de acontecimientos de importancia. La información que proporcionan nunca contiene los hechos más pertinentes, sino aquello que es, o bien sensacional, o bien calculado para producir en el lector la actitud frente a los acontecimientos que los dueños de los periódicos, o sus directores (generalmente casi, inconscientes de su propia parcialidad) creen más deseable. Cuando en 1939 la guerra era ya un hecho inminente, fueron escasos los periódicos que dieron a sus lectores una información exacta de la situación. El hecho de que se tenga actualmente una visión completamente errónea de la situación económica mundial se debe, casi exclusivamente, al deseo de casi todos los diarios de evitar la publicidad de "noticias" que desalienten al comercio o destruyan la confianza en la estabilidad monetaria.

He tratado de dar una descripción imparcial de lo que llamamos "educación" y de la consecuencia de la conducta que observamos hacia los niños, desde la cuna hasta el momento en que necesariamente debieran transformarse en seres independientes y libres. La totalidad de estas influencias no sólo es desastrosa para la vida corriente, sino que es aún más te-

rible para cualquier posibilidad de adquirir un alma. Por alma entiendo ese "algo" que en el hombre habría de ser él mismo; ese "algo" que habría de ser independiente, libre, capaz de ofrecer resistencia a la sugestión, capaz de tomar decisiones propias y de perseverar en ellas. A asegurar la posesión de ese algo deberían dirigirse, por encima de todo, los esfuerzos de quienes son responsables de la educación de los niños, y a eso es precisamente a lo que no atiende el sistema de educación.

Quizá debiera a esta altura referirme a lo que se conoce con el nombre de "escuelas progresistas", cuya ostensible finalidad es hacer que los niños lleguen a ser ellos mismos. Esto se hace, casi invariablemente, privando al niño de guía y de freno en el momento en que son necesarios y, en cambio, exponiéndolo a las influencias que he llamado "opinión pública", o sea a ese cúmulo de prejuicios y de convencionalismos accidentales en la comunidad de niños que componen la institución. Además, el niño que ha salido de la tutela de sus padres llevando en sí la semilla del egoísmo, de la vanidad, de la egolatría, de la desconfianza, del engaño y todo lo demás, encuentra en las condiciones "libres" de esta escuela progresista un terreno fértil para la cosecha de vicios que difieren de los del resto de las escuelas sólo en que dan muestras de un equilibrio menos atrayente entre el ocultamiento y la ostentación.

Ahora, a fin de tener una idea de lo que podría llegar a ser, o de lo que debería ser la formación de un niño para que llegara a ser un hombre o mujer responsable, volvamos los ojos a la verdadera situación del ser humano. Por formación entiendo la transición entre el momento de la concepción y lo que debe ser una existencia libre e independiente. Con el fin de aclarar este proceso, debo nuevamente referirme a las enseñanzas de Gurdjieff acerca de la naturaleza del hombre. De acuerdo con esta enseñanza el hombre tiene lo que él llama tres "partes espiritualizadas" independientes, o en tér-

minos más simples, tres cerebros. Con el uno piensa, con el otro experimenta los sentimientos y con el otro las sensaciones. Se denominan partes espiritualizadas independientes para indicar que cada una de ellas puede convertirse en un centro de experiencia. Cada una tiene su propia manera de percibir el mundo y de reaccionar ante él. En un ser humano debidamente equilibrado, cada una de las tres contribuye con un elemento indispensable para la totalidad de su comprensión y la efectividad de su acción. El ser humano en el que una o más de estas partes se ha desarrollado anormalmente, o como ocurre con más frecuencia, en que se la ha dejado de lado y quedó sin desarrollar, sólo puede tener ante el mundo una actitud desequilibrada y reacciones incompletas. Ya que para su desarrollo normal cada parte necesita una educación especial, cualquier sistema educativo apropiado deberá tener, como uno de sus objetivos principales, la misión de lograr este equilibrio y mantenerlo.

Para captar lo que ello implica, es necesario comprender que cada uno de estos tres cerebros corresponde a cierto mecanismo nervioso. El cerebro pensante tiene su asiento casi totalmente en los hemisferios cerebrales. Utiliza los conocidos procesos de asociación y disyunción que nos llevan a la experiencia de afirmar y negar aplicada a representaciones en forma de palabras y de otros símbolos. Funciona en cualquier momento con una fracción infinitesimal de la totalidad del material de asociación formado de antemano y almacenado en la memoria desde la más temprana infancia. En cierto sentido es un mecanismo muy complejo, pero en otro es muy sencillo, y, a la postre, toda su actividad se reduce a las palabras "sí" y "no". El cerebro del sentimiento actúa en forma muy diferente, sin palabras, en función de la experiencia afectiva del momento dado. Toda la condición del organismo se refleja en la actividad del sistema nervioso simpático, que es el mecanismo del cerebro del sentimiento. El placer y el sufrimiento, el deseo y la aversión, la aprobación y la desaprobación,

ción, todo ello surge en nosotros más o menos independientemente de nuestro pensamiento, salvo en aquellos casos en que las asociaciones mentales despiertan automáticamente asociaciones emocionales. Muy rara vez nos damos cuenta de la actividad que se desarrolla en nuestro cerebro del sentimiento, que pertenece a la llamada región inconsciente o subconsciente de la psiquis humana. El cerebro de las sensaciones está situado en aquella zona que determina todos nuestros reflejos y muchas de nuestras actividades motoras: la espina dorsal y ciertos ganglios que se hallan en la base del cráneo y en los lóbulos frontales.

En un individuo normal cada una de estas tres partes es capaz de experiencia consciente; pero, principalmente a causa de las malas condiciones en que se desarrolla la vida durante la primera niñez, y luego durante la subsiguiente y anormal educación, los niños crecen de tal modo que sus cerebros de los sentimientos y de las sensaciones desaparecen de la conciencia ordinaria y caen en la región de la subconciencia. Se ven, pues, conducidos a relacionar su propia existencia a una sola parte, el cerebro pensante, a cuya experiencia asocian la palabra "ser" o la palabra "yo". No obstante, las otras dos partes continúan actuando y poseen una influencia decisiva en su conducta. En ellas se originan muchos de nuestros motivos, y al no entender su acción, gran parte de nuestra conducta es incomprensible para nosotros mismos y para los extraños. Si nos observamos a nosotros mismos un poco objetivamente, hallaremos que estamos ejecutando constantemente acciones cuyo origen no se halla en lo que estamos pensando en ese momento, y que hasta pueden ser completamente contrarias a las opiniones y actitudes formadas en nuestra parte pensante. No me propongo discutir más extensamente sobre los tres cerebros y los medios que deberían emplearse para asegurar su desarrollo armónico. Estas cosas serán tratadas en detalle cuando los escritos de Gurdjieff llegen a ser accesibles a los que quieren estudiar seriamente sus ideas.

La constitución psíquica del hombre no queda totalmente descrita como función solamente de los tres cerebros. Además el hombre debería tener una cuarta parte, totalmente independiente de los tres cerebros: su propio "yo". Esta parte debería estar plenamente formada cuando el ser humano llegara a lo que Gurdjieff llama la edad responsable. Tan sólo una persona que posee un "yo" puede formar juicios independientes y hacer frente a las dificultades externas, resistir la sugestión exterior, y sobre todo, juzgarse a sí mismo con imparcialidad. Sólo mediante tales juicios imparciales acerca de sí mismo —o lo que Gurdjieff llama el juicio consciente— puede el hombre emprender la tarea a que me he referido en el capítulo anterior: la adquisición de su propio ser.

No es fácil explicar lo que entendemos por tener un "yo" o ser uno mismo. He tratado de mostrar en otra parte¹ que los argumentos con que la gente trata de convencerse a sí misma de que tiene un "yo" son falaces, y que todo cuanto puede observar es una serie de "yos" parciales, a menudo sumamente triviales y siempre transitorios. Un hombre que "no sabe lo que quiere", que no puede tomar decisiones válidas para todos sus estados de ánimo y todas las circunstancias externas, no puede decir que posee un "yo". Todo cuanto se puede decir de esta persona es que en apariencia es alguien; tiene un cuerpo, un nombre y un tipo de conducta general que las otras personas reconocen. Pero no existe unidad interior que corresponda a su ser exterior. Es verdad que el hombre siempre se refiere a sí mismo diciendo: "yo". Se interesa y se preocupa por sí mismo y espera atenciones y consideraciones para este ser que él cree que es; se ofende cuando se lo desprecia y se siente halagado cuando se lo alaba. Ese "algo" inexistente que es el objeto de toda su solicitud puede llamarse su "yo imaginario", o más sencillamente, su egoísmo. El egoísmo es el sustituto imaginario del verdadero

¹ Véase J. G. BENNETT, *The Crisis in Human Affairs*. Hodder & Stoughton, 1948. Capítulo III.

ser del hombre. Un verdadero "yo" es incompatible con el egoísmo, y el egoísmo es incompatible con el verdadero "yo". Desdichadamente, el egoísmo y no un verdadero "yo" es lo que fomenta en los niños la atención paterna y la clase de educación que acabo de describir. Desde la más temprana edad se enseña al futuro ser responsable a pensar en términos de "mío", "yo" necesito, "yo" quiero, "yo" no quiero. Los impulsos de este tipo no son naturales, no son inherentes a los niños, pero surgen rápidamente y se fortalecen porque los padres solícitos y las niñeras cariñosas experimentan cierta atracción hacia esas manifestaciones egoístas. No ven en ellas los signos precursores de cualidades muy desagradables que persistirán durante toda la vida, a menos que más adelante se arranquen de cuajo por medio del esfuerzo consciente y del sufrimiento intencional.

Poseer en la vida una finalidad elegida por sí mismo, que se base en el propio juicio y que no sea el resultado de influencias accidentales o de sugestiones deliberadas del exterior, es una de las señales de un verdadero "yo". Ser capaz de realizar esfuerzos impuestos por uno mismo para lograr tal objetivo, sin el estímulo de temer o esperar cualquier cosa de otra persona, es otra de las señales. De esto se sigue que no puede desarrollarse un verdadero "yo" en un niño que se ha convertido en un instrumento subordinado a la opinión ajena, ya sea mediante la sumisión o la rebeldía. La vanidad es una forma especial de subordinación a la opinión de los demás, que impide el desarrollo de una verdadera individualidad, y sin embargo, se fomenta la vanidad en los niños con cada palabra de elogio o de alabanza inmerecidos que escuchan desde el día en que comienzan a enterarse de la actitud de los demás hacia ellos.

Un verdadero "yo" surge de la lucha: pero esta lucha tiene que desarrollarse en el interior de la persona. Tiene que basarse en una norma de conducta interior y combinarse con la capacidad para juzgarse a sí mismo imparcialmente. No puede surgir

de una lucha ocasionada por un estímulo externo de temor o esperanza en algo que el mundo exterior pueda dar o hacer. El desarrollo de semejante poder en un niño sólo puede surgir del crecimiento de su propia comprensión, reforzada por el ejemplo de las personas mayores con quienes está en contacto. ¿Qué esperanza puede haber para un niño si los que tienen la responsabilidad de su educación no saben enseñarle a desarrollar esta comprensión y le muestran con su ejemplo que los mueve cualquier motivo excepto el juicio imparcial de sí mismos? Así sucede que son extremadamente escasos los niños que llegan a la madurez con algo que pueda corresponder a un "yo" verdadero, o con una comprensión de las obligaciones inherentes a la posesión de la libertad de decir "sí" o "no" al propio destino.

Esto me conduce al último aspecto general negativo de todos los sistemas educativos de la época presente, es decir, la inculcación de la doctrina que asegura que el hecho de existir confiere derechos. Cualquiera que tenga una comprensión objetiva de la verdadera situación juzgará esta doctrina peligrosa y sus consecuencias terribles para el individuo y para la raza. Lo cierto es lo contrario de lo que afirma esta doctrina: existir es contraer una obligación. Por el hecho de existir como ser que goza de cierto grado de libertad, he tomado algo del universo, ya que mi libertad existe a expensas del universo. Estoy en la obligación de pagar lo que he tomado del universo, o sea mi libertad. Puedo rehuir esta obligación renunciando a mi libertad, dejándome absorber y desapareciendo en la totalidad indiferenciada de las cosas. Es un camino ampliamente abierto para mí, y es el que sigue la mayoría de la gente. Pero si deseo *ser* debo reconocer que la existencia es algo cuyo precio ha de pagarse. Las doctrinas que enseñan lo contrario incitan de este modo a la gente a creer que posee derechos inalienables a expensas de los otros, y son más responsables que cualquier otra cosa de la condición actual desastrosa de la vida humana.

Al definir el objetivo de la educación al principio de este capítulo dije: "comprender las obligaciones para consigo mismo y para el mundo en que uno vive." Esas obligaciones las puede aceptar y cumplir únicamente el hombre o la mujer que posee un verdadero "yo". En cuanto la educación no cumpla con este objetivo, traiciona su deber. No podrá haber ninguna mejora en la condición del mundo mientras no se comprenda esto y no se lo convierta en fundamento de todo sistema educativo.